



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
IZTACALA

**EL VINCULO CON UN TERCERO, ANÁLISIS DE LA
INFIDELIDAD EN LA PAREJA**

T E S I N A
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
LICENCIADA EN PSICOLOGÍA
P R E S E N T A:
FABIOLA MARIA CRISTINA CERÓN FLORES

DIRECTORA: Mtra. LUCINA JIMENEZ VEGA

DICTAMINADORES: Dra. IRIS XOCHITL GAICIA MOYEDA

Lic. DINA MARÍA ROCHÍN VIRUÉS



Los Reyes Iztacala, Edo. De México,

2009



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

**No se equivoca la mujer
en el camino erra,
se equivoca la que por miedo
a equivocarse deja de intentarlo**

Existen a lo largo de nuestra vida personas relevantes que nos ayudan a tomar decisiones que nos determinan por los reflejos que nos proporcionan para conflictuarnos y evolucionar; a todos ellos mil gracias por existir.

Mi madre Cristina Flores, por ser el inicio de esta trayectoria, por su forma de amar y su inagotable apoyo. Te quiero más.

Mi esposo Oswaldo por compartir conmigo juegos de infancia, retos, alegrías, tristezas, triunfos y nuestro mayor tesoro nuestros hijos, te amo.

Mis tres hijos Pamela, Paula y Ángel por ser mis principales espejos y por darme día ejemplos y enseñanzas que no se aprenden en un libro, los amo.

Erika Martens por su ejemplo, tiempo, paciencia, apoyo y por darme un reflejo de perfeccionamiento.

Amiga Beatriz Rangel por ser en este momento mi compañera, mi confidente, por ser como y posibilitar mi confrontamiento.

Lucina Jiménez por ayudarme a desaparecer a mis fantasmas y su impulso a continuar.

A todos aquellos que voluntaria o involuntariamente ayudaron a la construcción de este proyecto.

INDICE	2
INTRODUCCION	4
CAPITULO I. LA CONFORMACIÓN DEL YO	
1.1. Etapas de la conformación del yo, desde la perspectiva psicogénica.	10
1.2. Enamoramiento como sustento de exploración y como conforma el yo	20
CAPITULO II. CONSTRUCCIÓN PARTICULAR Y LA INTROMISION DEL AMANTE	
2.1. La institucionalización.	30
2.2. La familia	31
2.3. El Estado	33
2.4. La Religión	37
2. 5. Instituciones, el enamoramiento y la infidelidad.	41
CAPITULO III. ANÁLISIS DE LA INTROMISIÓN <i>DEL AMANTE</i> EN LA PAREJA	
3.1. El conflicto del vínculo amoroso por el tercero	49
3.2 Formas de resolución del conflicto del tercero	51
3.3 Lo que permite el conflicto del tercero en la conformación del yo.	54
C ONCLUSIONES	60
BIBLIOGRAFIA.	66

RESUMEN

El presente trabajo tiene como objetivo realizar un análisis teórico de la importancia de la intromisión de un tercero en la relación de una pareja institucional; comúnmente denominado “amante” desde una perspectiva psicogenética, la cual argumenta que es a través de los otros que nos conformamos, posibilitando el desarrollo. Dando un resumen de los puntos más relevantes de esta teoría psicológica; así como los elementos de enamoramiento como sustento de la exploración fuera de la pareja con un tercero.

Se abordan la influencia de las instituciones sociales; iglesia, estado y familia, en la percepción del “amante” y sus respectivas repercusiones en la construcción de la pareja.

Finalmente se discute cuales pueden ser las formas o alternativas de enfrentamiento ante esta crisis del tercero en la pareja y sus consecuencias psicológicas en el individuo que la experimenta.

EL VÍNCULO CON UN TERCERO; ANÁLISIS DE LA INFIDELIDAD DENTRO DE LA PAREJA

INTRODUCCION

La Psicología Psicogenética es entendida, como el estudio del psiquismo en su formación y en sus transformaciones. Es la consideración del individuo como un todo que se va desarrollando en estrecha e íntima relación dialéctica con el medio biológico y social. El inconsciente biológico, es el equipo hereditario cuyo sistema corresponde a diversas funciones, llegando progresivamente a la maduración. El inconsciente social es el medio cultural que proveerá o no, a las diferentes funciones del individuo la ocasión de manifestarse, de expandirse o de desaparecer.

Así, entre ambos medios, entre sus reacciones, el individuo deviene esencialmente en un centro integrador de procesos biopsicosociales. En el análisis de este proceso no se puede aislar un aspecto y considerar su evolución con independencia de los demás aspectos (Clanet, Laterrase y Vernaud, 1973).

La unión en la situación o del ambiente con el sujeto comienza siendo global e indiscernible. El periodo inicial del psiquismo parece haber sido, un estado de indivisión proveniente de la situación exterior y del sujeto mismo. El desarrollo del individuo posibilita el proceso de diferenciación progresiva desde un indiferenciación total inicial respecto a los otros y al mundo físico hasta llegar a la conciencia del hombre adulto; es decir, no se trató sólo de tener presente los determinantes sociales sino de comprender y dilucidar el papel del otro en la construcción de su individualidad; es decir, "el otro es lo que me constituye", el que me hace *ser*.

Dado que el yo es social desde su génesis, no existe individuo psíquico con anterioridad a las relaciones sociales que lo constituyen; por lo cual se debe asignar primordial importancia al estudio de la socialización en las diversas formas que ésta adopta a lo largo de la ontogénesis así como del curso de la historia de las civilizaciones. La socialización y

la individualización corren parejas en la génesis y dicha socialización-individualización se produce por mediación de las relaciones con los otros (Wallon, 1991)

Su ambiente corresponde al de la sociedad, pero de una época determinada; a las instituciones y las técnicas fundamentales que se van modificando a la par del hombre histórico.

El desarrollo concierne a la personalidad en su conjunto; las transformaciones se traducen en conflictos y crisis de la personalidad global, ya que una nueva estructura sólo puede aflorar mediante la negación de la ya existente o de su superación. Las conductas representativas, por ejemplo, sólo pueden emerger cuando están apuntaladas por conductas emotivas pues estas son problemáticas e incompatibles con las conductas cognoscitivas.

Estos momentos singularmente importantes para la edificación de la personalidad global devienen explicables dentro del marco de una concepción dialéctica del psiquismo.

Este desarrollo se lleva a cabo con el reflejo que nos proporciona el otro; la pareja afectiva es uno de los otros yo que proporcionan un reflejo de desarrollo, al proporcionar al individuo elementos que puede incorporar a su estructura que posibilitarán su trabajo de perfeccionamiento mediante el conocimiento y el reconocimiento mutuo.

Así, bajo el fundamento psicogenético de que el otro es el que origina la aparición de la psique y es el que va proporcionando estructuras para posibilitar su desarrollo, es como se aborda el planteamiento del tercero como amante; lo que en el particularismo de la estructura social se le da el concepto de infidelidad (Heller, 1977).

La infidelidad como concepto social instala al individuo en lo absoluto del constructo particularista; en la cual la construcción se dirige a la mera preservación del entorno o una expansión sin conflicto. El individuo se identifica a sí mismo con las prescripciones y normas de su entorno, sin distancia crítica; es decir, de la reproducción social que detenta al individuo, en la cual se enajena cuando carece de elementos que le permitan cuestionar su conformación (Cohen de Govia, 1975).

Por lo contrario, la movilización hacia el trabajo individual va incorporando a la estructura del individuo, esquemas que son proporcionados por el reflejo del otro; un otro que nos constituye y que nos posibilita la construcción del ser

Por tanto, de manera consciente o inconsciente se eligen a los "otros yo" para nuestra construcción; incluyendo a la pareja, en ella se establecen movimientos dinámicos que llevan a ambos hacia la elaboración y desarrollo de un proyecto afectivo que favorece el perfeccionamiento individual; así, de manera constante, la pareja hace conocer, reconocer y conflictuar nuestra condición, reestructurando nuestros esquemas en una movilidad continua que incluye cada una de las estructuras que nos constituyen. La pareja así movilizada esta sujeta a conflictos que constantemente lo confrontan en el otro; un otro que nos proporciona un reflejo de crecimiento. De esta forma el individuo se mueve por etapas de desarrollo psicológico y que se hacen manifiestas en la confrontación con la pareja en el proceso del enamoramiento.

El enamoramiento recíproco es el reconocimiento de dos personas que remodelan la propia vida a partir del otro.

Con el enamoramiento dos individuos se escogen de manera electiva, se refieren a cualquier otro, y toman un compromiso de fidelidad. Pero esta fuerza es siempre contrastada por una fuerza opuesta: por el deseo sexual por personas nuevas, distintas e interesantes. El amor que une de manera exclusiva tiene como perenne adversario a la tendencia exploratoria presente en todo individuo (Alberoni, 1998).

Así, para Alberoni (2006) el individuo se enfrenta a dos tendencias. La primera se caracteriza por la búsqueda de lo nuevo. La segunda por el enamoramiento, que establece un vínculo amoroso exclusivo y duradero. De esta forma para que el enamoramiento de convierta en un amor exclusivo y fiel es preciso que ambos lo quieran.

De lo contrario, cuando en la relación de pareja, el otro ya no proporciona elementos que se puedan incorporar hacia el desarrollo estructural, la relación y el individuo mismo se mantiene estático, el sujeto que aún se encuentra en movimiento se confronta con otras

estructuras que le proporcionan los elementos necesarios para su constante reestructuración, que posibilitan el continuar con su trabajo de perfeccionamiento.

Es cuando el individuo consciente o inconscientemente se reorienta conforme a su proyecto individual y es ahora cuando esta nueva estructura -esta tercera estructura- le da los elementos de reestructuración que requiere para su desarrollo.

Esta confrontación es vivida como cautivación, la cual se va nutriendo de las estructuras que el otro ostenta y que moviliza a una apertura afectiva. Es este tercero quien coloca en conflicto al individuo y lo lleva a la crisis y a la pareja misma. Así, en este proceso de conocimiento y reconocimiento es que aparece el amante.

Amante concebido como la estructura dispuesta a movilizar al otro al estado naciente, al amor como apertura estructural, llevando a lo extraordinario del enamoramiento (Alberoni, 1998).

Es la clase de relación establecida entre el individuo y el que ama, el tipo de experiencia, lo que hace extraordinaria a la persona amada -amante-, y más profundamente, lo que hace diferentes y extraordinarios a ambos. Surge entonces la necesidad de la exploración del amante, el tercero del que estamos requiriendo el reconocimiento.

Cuando esto obedece a la movilidad del individuo hacia la reestructuración continúa de su proyecto individual, por si mismo se va adhiriendo o alienando a otras estructuras, las cuales también se encuentran en movilidad o continúan estáticas, en el proceso en el cual es el otro -*el amante*- el que me reconoce y me dice quién soy.

Por el contrario, cuando el individuo lejos de poseer un proyecto, realiza estas exploraciones como indicadores de falta de autoconocimiento de sus deficiencias y de su nula capacidad de resolución de conflictos, reproduce así un concepto social particularista.

Además, el individuo se encuentra ante las alternativas de evadir, perpetuar o resolver su conflicto mediante un tercero denominado "*amante*".

Maslow (cit. en Heller, 1979), utiliza dos conceptos para distinguir entre estos dos procesos. El primero lo denomina "*amor por el ser*" y el segundo "*amor por deficiencia*".

En el "*amor por el ser*" el valor se centra en el sentimiento de amor individual, la persona ama como individuo, ama al otro por él mismo, por su ser. El amor es motivado por el hecho de que el otro merece amor y afección. En el "*amor de deficiencia*" la persona ama sólo en referencia a sí mismo de forma particularista, sólo puede amar por el tiempo que el otro le ame más a él; el valor fundamental atribuido a la persona amada es la pertenencia. Si ésta cesa, también lo hace la afección o amor.

Estos procesos han sido abordados en dos conceptos antagónicos y absolutistas: *fidelidad e infidelidad*; de los cuales se ha encontrado escasa información en las investigaciones que lo han abordado como un fenómeno psicológico. Einsenberg (1993) y Rodríguez (1993) arrojan las siguientes consideraciones importantes:

Enfatizan las diferencias de género; así como de sus roles socioculturales, ya que únicamente es contemplado dentro de la institucionalización -matrimonio-. En su definición del concepto, lo limitan a las relaciones sexuales, como si éstas fueran el único medio de expresión sexual.

Limitan a las relaciones complementarias que se establecen entre los amantes a la institución del matrimonio; dejando fuera a otras alternativas como el noviazgo, la unión libre y las relaciones homosexuales.

La institucionalización del curso de la vida es el único medio por el cual es estudiado; reproduciendo así la ideología de un sistema social, haciendo uso de categorías e instalando en el deber ser individuos, ya que la institución responde a la supervivencia de una estructura social, tiende a reproducirlo con la intención de que los individuos asuman los elementos de la célula institucional, se desee o no, se tiene que instalar como un objeto, no para el *ser* sino para el *deber ser*. De esta forma la institución atenta a la individualidad, creando individuos estandarizados, que se instalan en la institución por deficiencia o por conveniencia. Así el dividir al individuo durante el curso de su vida tiene como objeto

controlarlo en cada etapa que se crea y que éste se instale y se asuma a ellas, en una enajenación absoluta.

Estos estudios se han abordado desde la perspectiva psicoanalítica, conductista y sistémica, con el objetivo de proporcionar procedimientos terapéuticos para su erradicación, control y normalización por atender contra el sistema que promueve el particularismo acrítico de valores éticos. Asimismo, es categorizado por estas corrientes como una conducta disfuncional, como enfermedad, como una anormalidad. No es contemplado como un proceso en la relación complementaria que se establece entre pareja y como el amante puede posibilitar la continuación con el trabajo de perfeccionamiento individual.

Por lo anterior es necesario un estudio desde una postura crítica, por ejemplo desde el marco psicogenético que permita una revaloración y reconstrucción del concepto; es decir, un análisis del proceso de la intromisión de un tercero en la relación de pareja desde una visión particularista.

El objetivo de la presente tesina es realizar un análisis teórico de la importancia de la intromisión del otro es decir *-del amante-* en la construcción o reconstrucción del individuo que socioculturalmente se encuentra en un vínculo afectivo de pareja.

CAPITULO I. LA CONFORMACION DEL YO

1.1.Etapas de la conformación del yo, desde la perspectiva psicogenética.

No se nace con el concepto de uno mismo, de quiénes somos y qué somos; éste se desarrolla a lo largo de nuestra infancia y juventud fundamentalmente, y continúa evolucionando durante toda la vida. Este concepto se forma en el proceso de interacción con otras personas; así, desde el nacimiento de la persona, los otros responden a la conducta del sujeto y éste responde a los otros; recibe mensajes de las personas con las que interactúa acerca de sí mismo, de cómo se le juzga y de los efectos que puede tener su comportamiento.

En inicio, el sujeto no distingue o lo hace con dificultad donde termina él y dónde empieza el medio que le rodea.

El desarrollo del individuo es un proceso de diferenciación progresiva desde una indiferenciación total con respecto a los otros y a su medio físico hasta llegar a la autoconciencia. Lo que caracteriza el comienzo de la vida, es la indiferenciación. Se carece de individualidad psíquica; los estímulos de origen exógeno se confunden. Y es necesario distinguir entre dos tipos de estímulos; los del cuerpo propiamente dicho y el de sus relaciones con el mundo exterior. La sensibilidad propioceptiva, como opuesta a la sensibilidad exteroceptiva, que está dirigida hacia el exterior y sus órganos son los sentidos. A cada uno de estos sistemas responden formas distintas de actividad que guardan relaciones estrechas entre sí.

Al no existir el yo, el sujeto no puede diferenciarse del otro. A partir de esta unidad primordial se va perfilando por diferenciación a la vez la exterioridad del medio, el yo y el otro. La conciencia de uno mismo, la conciencia del otro y la conciencia del medio exterior se construyen en la práctica de la relación con el medio exterior y con el otro.

Individualización significa desarrollar una estructura de características, habilidades y rasgos personales exclusivamente propios.

En la imagen que se proyecta, se busca la propia imagen, es la búsqueda de la totalidad, de la identidad. Es una necesidad continua de reafirmación del *ser* mismo, del *yo*; no es la apariencia sino la identidad. La falta de ella conlleva a la sensación de vacío que provoca una intensa necesidad de reconocimiento. Este sentimiento de vacío tiene su génesis en ciertas experiencias emotivas en la infancia. Cuando no se tienen, el sentido de identidad resultará alterado. La falta de reflejo adecuado en la infancia obstruye la capacidad de integración del *yo*, creando un sentimiento de que falta algo en la propia estructura, de carácter afectivo y de sentimiento de prestancia. La identidad básica se compone de elementos adquiridos únicamente como resultado de los intercambios realizados con las personas importantes en la niñez (Dowling, 1989).

Toda actividad exploratoria se lleva a cabo dentro de determinado contexto social, en el cual indudablemente también hay otros sujetos; así, lo que los otros sientan por él y la forma cómo se exprese ejerce decisiva influencia en su desarrollo.

Todo sujeto evoluciona como resultado de su adaptación al medio exterior; en consecuencia, la imagen que el sujeto proyecta a los otros requiere que reafirme estos cambios de forma que se permita al sujeto seguir con esta evolución.

Este ciclo no deja de repetirse en distintos niveles. Desde el punto de vista objetivo, por muy complejas que puedan hacerse las condiciones de los actos dirigidos hacia el medio, no hay ninguna que se repita sin que se presente una modificación íntima, sin sustituir los esquemas por otros que sean más funcionales y sin elaborar mediante integraciones y simplificaciones progresivas conocimientos graduales que posibiliten el perfeccionamiento de la estructura.

La proporción de los actos repetidos y las reacciones exógenas varían mucho según los estadios de la evolución general y los que corresponden a cada evolución funcional.

Entre los movimientos provocados por el ambiente hay muchos que son de simple acomodación sensorial, afectiva o motriz. Y la acomodación, si consiste en un ajuste del sujeto a un objeto perceptible, a un acontecimiento inminente, un acto potencial, o si implica exteriorización o interiorización, también implica correlativamente una modificación psicosomática que puede tener significación propia. O por el contrario el ajuste de un objeto al sujeto que implica ya necesariamente la confrontación consciente.

Hay que recordar la indiscutible importancia de la experimentación y la manipulación del medio por que éste proporciona elementos de conocimiento y reconocimiento de la propia estructura de conformación, de los otros y del medio en el que se desarrolla el sujeto.

El medio es conceptualizado como una serie de reglas y mecanismos limitados que regulan una dimensión clave de la vida y no tan sólo un conjunto de variables o factores. En el cual el sujeto, es integrador de lo endógeno –biológico- y de lo exógeno –social-.

Dentro del medio real de la persona, en un campo abierto a todos los estímulos que recubren indistintamente la sensibilidad de la persona, es donde se realizan los intercambios de influencia entre estímulos diversos. En ese campo los estímulos se encuentran unidos y confundidos, antes de que se haga cualquier individualización. Las estructuras se diseñan en dicho campo en función de esa unión inicial. Una estructura está obligada a suponer simultáneamente factores internos y externos de manera simultánea. De esta fusión resulta el estado de sensibilidad o conocimiento que ha sido llamado sincretismo, en el que no se ha producido todavía la diferenciación de relaciones ni la disociación de sus partes.

Esta asimilación tiene como consecuencia la diferenciación que surge también de las experiencias adquiridas. Una estructura se modifica de tal manera que, por un juego apropiado de inhibiciones, la excitación se convierte en impulso sobre el que se destaca una de las cualidades particulares de la estructura.

Cuando en la persona existe una posesión total, en el pleno sentido de la palabra, sucede la delineación de los objetos, ésta se produce dando a los objetos una envoltura que parece aislarlos, pero también tratando de asociar con ellos una forma que responda a la sensibilidad del sujeto, de tal manera que los sienta todavía en él mismo, como él se siente en ellos. Las consecuencias de esta participación inicial son que comienza por atribuirles la misma clase de vida que se atribuye a sí mismo. Es su periodo de animismo. La caótica fusión en un solo conjunto de todo lo que entra en el acto de su percepción. No se exterioriza lo que le es extraño con relación a una conciencia ya fija y firme. Llega a exteriorizar fuera de sí lo que le parece pertenecer al medio sólo después de un trabajo simultáneo de ensamble y condensación, del cual surgirá su yo. Paulatinamente comienza a ser consciente de su propio cuerpo y a distinguir él “yo” del “no yo”.

Esta conciencia inicia su desarrollo con la formación de la imagen exteroceptiva del sujeto en donde el otro funge como espejo. Principia en la exploración propioceptiva en donde se explora el realismo de la imagen; después se es capaz de yuxtaponer su imagen haciendo del otro una extensión del mismo sujeto. La verificación de estas exploraciones, así como, de su misma imagen y de los otros ante el cambio o movimiento de la experiencia en que se vive ya es un acto de conocimiento. Mahler (1982, cit. en Dowling, 1989) describe este proceso como desarrollo del sentido del yo; de los cuatro a los cinco meses, se interesa vivamente por el rostro de quien le cuida y los empieza a estudiar los mismos rasgos en él suyo propio. A los ocho meses, hay mayor entusiasmo, manifestación afectiva por su imagen en el espejo, pero se interesan menos por las partes y miembros específicos y más por el funcionamiento del cuerpo como un todo, a través del movimiento. De los seis a los dieciocho meses se siente perplejo, porque no sabe muy bien si la imagen del espejo pertenece en realidad a otro niño. Cuando se produce la experiencia “ajá”, la persona ha comprendido de quién es la imagen del espejo, y lo expresa bien diciendo su propio nombre, diciendo “yo”, o señalándose. Este sentido particularizado de “yoidad”, junto con la reacción de la madre al hecho, es el primer despertar del sentido del “yo”.

El sujeto integra los diversos elementos de las relaciones del objeto y de la imagen que observa, para después experimentar con la dualidad entre la imagen y la persona; acaba por reconocer con claridad su irrealidad y carácter simbólico.

Es así como se inicia la construcción del concepto de sí mismo. En toda etapa de la vida, el concepto de uno mismo es producto de la interacción entre el sujeto y las personas que lo rodean; de lo que percibe e interpreta como juicios acerca de él que posteriormente incorpora en la construcción de su “yo”.

El concepto que se tiene de uno mismo nunca se forma por completo. Se relaciona con otras personas durante la vida y así, se continúan recibiendo juicios reflejos acerca de sí mismo que se tienen que confrontar a manera de experimentar y manipular su medio, denominando a este proceso psíquico movimiento. Es decir, ante los reflejos que nos proporcionan los otros inevitablemente hay una confrontación de las estructuras que ya se poseen en él yo, con las que ostenta el otro, esto posibilita el movimiento de mi estructura al analizar e incorporar de ser necesario las estructuras del otro.

Así, es el otro el que origina la aparición de la psique; es el que nutre y da un parámetro para continuar con el desarrollo del yo.

Por tanto, la génesis del individuo es *social, el individuo se construye a partir del otro*. “Soy, por que tengo a otro que me haga ver”. Si no hay contacto con el otro real o simbólico, no hay conocimiento.

En su estudio y conformación, la persona o individuo siempre ha de ser considerada como unitaria y diversificada, la persona es un todo y al mismo tiempo es variada y dinámica en su estructura; es decir, está en constante movimiento.

El individuo es una construcción progresiva, en la que se realiza la integración de la afectividad vinculada a la sensibilidad interna y orientada al mundo social, a la construcción de la persona y la inteligencia vinculada a sensibilidades externa y la construcción de los objetos.

Los cambios estructurados enfatizan o posibilitan el desarrollo del yo, es decir, compensan y fomentan la creación en el individuo de las características necesarias para su desarrollo. Así, el sujeto gana autorreconocimiento y autoestima mediante una mayor

individualización cognoscitiva y mediante una mayor capacidad en la negociación de intercambios de afecto en las relaciones interpersonales.

El desarrollo individual progresa según una sucesión de estadios, cada uno de los cuales constituye un conjunto original de características, según el nivel y etapa de desarrollo en la que se encuentra el sujeto.

Pero el tránsito que un estadio representa es discontinuo sin excluir la continuidad global del desarrollo.

En el individuo tiene lugar un desarrollo, una evolución, donde también la *superposición* de niveles de diferenciación progresiva es consecuencia de esta evolución.

En el transcurso del desarrollo, el sujeto elabora una gran parte de sus nuevas estructuras cognoscitivas por medio de la reflexión acerca de las estructuras del estadio anterior y por la superación de las contradicciones internas del sistema cognoscitivo precedente.

En un estadio dado, las operaciones intelectuales del individuo forman un todo estructurado. El paso de un estadio a otro se realiza en virtud de un desequilibrio transitorio que es resultado de las contradicciones internas y de las externas y que conduce a una reorganización total de la estructura en conjunto.

El conflicto es por un lado factor de ruptura y factor de equilibrio. Es de doble carácter, sucesivo y simultáneo, genético y estructural.

El conflicto constituye el modo de transición de una etapa a la siguiente, a la vez que el modo de estructuración propia de cada etapa. De forma que el conflicto es a un tiempo y contradictoriamente, factor de ruptura y factor de equilibrio, por tanto, el equilibrio psíquico sólo puede resultar del conflicto.

En complemento, la crisis se genera al movilizar la estructura a otro estadio. La crisis da lugar a la superación de un momento psíquico para dar paso a otro. Sin crisis no hay desarrollo.

Para Krassoievitch (1993), toda crisis resulta de la interacción de dos o más fuerzas y requiere de una solución. La tensión que surge de esta oposición de fuerzas crece hasta llegar a un punto culminante en el que irrumpe un intento de solución. Cuando este intento se expresa por medio de síntomas que rebasan el umbral de tolerancia del sujeto, de su entorno o de ambos, se produce una situación aguda que determina una intervención urgente. En otras palabras, los síntomas o síndromes, cuando revisten el carácter de urgencia, son la manifestación de un intento para resolver una crisis. Para el autor, la crisis revela el desequilibrio del sistema que conforman el sujeto y su entorno, y se desencadena por factores internos o externos que perturban su equilibrio. Los síntomas son la manifestación de un intento fallido por encontrar una organización más adaptada a las necesidades del sujeto

Cada crisis confronta al individuo con nuevas formas de pensar y de actuar y debería permitir el surgimiento de nuevas actitudes para lograr un nuevo estado de equilibrio.

Esas crisis han estado precedidas por sus adquisiciones, logros que han permitido tantas búsquedas en su medio y de las nociones que se relacionan con ellas. Su efecto se traduce en una integración subjetiva de las relaciones que, en la fase anterior, se habían desplegado con referencia al mundo exterior.

Wallon (1982) enmarca estadios de desarrollo de la personalidad; que es la totalidad psicológica del individuo y esta conformada por el pensar, el sentir y la forma de relacionarse.

La socialización sincrética que implican las relaciones complementarias como la de despotismo-sumisión, la cual es un proceso psicológico fundamental para relacionarnos con el otro. Son actitudes inversas y complementarias en las que los sujetos se relacionan en un acto de subordinación del sumiso hacia el dominador o déspota. El sumiso juega casi

exclusivamente el papel de espectador, mientras el déspota se exhibe; el que muestra y lo mantiene dominado por la situación afectiva que lo une a aquél. Ya entre ambos existe un acuerdo aunque implique conflicto.

El despotismo es un sentimiento de superioridad que busca ejercerse en su forma pura, se funda sobre el sentimiento que el sumiso tiene de la relación en sí. El déspota sólo exige señales de asentimiento o de admiración, no podría ser tal sin la docilidad del otro que se deja desposeer de sí mismo, el cual se funda en una falta de autonomía frente al otro, en una confusión inicial de sí y del otro en una misma situación sentimental; que involucra el reconocimiento y el movimiento de la propia condición posibilitando el crecimiento.

El desarrollo del sumiso involucra observar el desarrollo del déspota para integrarlo a la estructura propia. Permite reconocer las carencias en el otro para movilizarse en el trabajo de perfeccionarse. En el intercambio se ve la propia imagen; las valoraciones que el otro y el sujeto mismo hace del acto.

A la contemplación se agrega el sentimiento o la necesidad de ser aquel que actúa o que exhibe, lo cual es observado como un progreso hacia la individualización, el sujeto está muy cerca de sentir la necesidad de concentrarse sobre uno mismo y de cristalizar alrededor del otro un personaje diferente de él.

Se da el conflicto entre la contemplación y el deseo de acción la que va a ser decididamente inhibida, dando lugar a la angustia, refugiándose en su actitud de espectador, el auténtico celoso se nutre de escenas mortificantes; se siente desposeído de aquello que esa imagen le muestra como una parte esencial de sí mismo.

Cotidianamente justificamos la indiferenciación tratando de justificar los celos. Es el temor a perder el objeto del que nos hemos apropiado.

En otro estadio del desarrollo de la persona entran en ejercicio los celos, que implican que la persona de la que se tiene celo exhibe una estructura más perfeccionada que la propia,

exhibe lo que el sujeto en su estructura carece. Los celos son un acto sincrético son un acto de posesión.

La resolución al conflicto de los celos es reconocer a la estructura propia y al otro como individuos, se refieren a algo que uno tiene o cree tener y no se quiere perder, en un acto de apropiación objetal del otro.

Los celos y el amor son dos sentimientos que están estrechamente relacionados que tienen la misma génesis. Para casi todos nosotros nuestra madre o nuestro padre fueron el primer objeto de amor. Amor posesivo como ningún otro. Cuando se es pequeño se ama al otro como una parte de uno mismo. El bebé es incapaz de percibir a la persona que se ocupa de él como un individuo autónomo. La considera una prolongación de sí mismo. Cuando crece debe constatar, no sin dolor, que su madre, o su padre, es otra persona o, peor aún, que ama a otro. Y deberá decidirse a aceptar la presencia de un tercero con quien compartir este amor (Blachère y Rouchon, 2006).

Cuando se es pequeño, los celos son muy fuertes, rozan el odio. Y el amor es pasión. Estas primeras y dolorosas interacciones son las que estructuran la personalidad.

De etapa en etapa la psicogénesis demuestra, a través de la complejidad de los factores y de las funciones, a través de la diversidad y la oposición de las crisis que la caracterizan, una especie de unidad, tanto en el interior de cada una como entre todas ellas. No hay que fragmentar sino constituir un conjunto original que no se puede disociar. En la sucesión, es el mismo y único ser en el curso de su evolución por sus conflictos, su unidad es tal por ser capaz de modificarse con la ampliación o eliminación en su estructura.

La anterior descripción del desarrollo no es única, ni determinante y cada uno se vive según las particularidades de la estructura y del contexto biopsicosocial; como se menciona, los otros son de suma importancia en el desarrollo del sujeto; de cada uno de ellos obtiene reflejos que lo invitan a perfeccionarse. Los primeros reflejos se obtienen en el contexto en el que la persona nace; en el vínculo primario, padres, hermanos, y son estos los que dan

pauta para relacionarse con vínculos secundarios como lo es la pareja. Es la búsqueda de estos reflejos lo que lleva al individuo a la exploración y finalmente a la conformación de una pareja como institución, donde se espera que sea la síntesis de todo el proceso de construcción y que de paso a otros procesos ahora con los hijos.

En la pareja como reflejo del otro, se tiene la posibilidad de obtener elementos de desarrollo y perfeccionamiento ya que a través de ella se experimentan etapas muy similares a las anteriormente descritas en donde se viven procesos que posibilitan el desarrollo individual. Van implícitos: emociones, sentimientos que rayan en lo extraordinario y sobre todo un proyecto de vida en común.

Es en esta experiencia de dos en donde se posibilita el conocimiento y el reconocimiento de la propia estructura y de la del otro; dando paso a procesos que involucran emociones más allá de lo ordinario; y a lo que denominamos enamoramiento.

1. 2. Enamoramiento como sustento de exploración y como conforma el yo

El enamoramiento es un proceso; en el cual se pone en ejercicio y en experimentación todos los elementos de la estructura de la persona, en la búsqueda del conocimiento y reconocimiento del yo y del otro, posibilita el perfeccionamiento de las estructuras de ambos porque se busca reconocerse en ellas.

Este surge de inicio en una atracción de las estructuras del otro, de lo que el otro ostenta y que atrae para reconocerse y unirse a los movimientos que éste genera. Hay entonces una apertura sensorial que permite y posibilita la exploración y el conocimiento de cada uno de los elementos del otro y al mismo tiempo el otro también está dispuesto a la exploración, en una dinámica que involucra la confrontación de ambos para que se esté dispuesto al movimiento que genera el reconocimiento.

En este reconocimiento se involucran los estímulos externos a través del ejercicio de los cinco sentidos; para una posterior interiorización de sensaciones que permite su análisis e integración a la estructura personal. En este interjuego entre el yo y el otro surge la capacidad de reconocer el desarrollo de todos los elementos que permiten el ejercicio: reafirmación y desarrollo del sentimiento de prestancia, es decir; el sentimiento que genera la mirada del otro. Se reconoce en el otro, una estructura que invita al movimiento y éste a su vez reconoce al otro como reflejo que posibilita el desarrollo individual en una elección consciente. Cuando se ha llegado a esta conciencia como relación complementaria se ha llegado a una cautivación de la estructura del otro. Pero esta cautivación es sólo el inicio del proceso de enamoramiento.

El enamoramiento es el estado naciente de un movimiento colectivo de dos. Como movimiento colectivo genera fuerzas que liberan y actúan con determinación. Está formado exclusivamente por la pareja *amante-amado*. Es una experiencia extra-ordinaria como la

palabra en sí la enuncia; que tiende a la fusión con el otro que es insustituible, única para el otro, el otro es portador de algo insustituible, inconfundible.

En contraposición a la costumbre de los intereses de las instituciones, el enamoramiento desafía a las instituciones en el plano de sus fundamentos de valor, su naturaleza reside justamente en esto, en ser un movimiento portador de proyectos y creador de nuevas instituciones los procesos colectivos separan algo que estaba unido y unen algo que esta dividido.

Para ello, tiene que haber una diferencia entre ambas estructuras, un obstáculo a vencer, que los lleve a la creación de una nueva institución, no es algo específico, puede ser cualquier cosa o condición que se interponga; parentesco, un anterior matrimonio, una diferencia cultural, social, de edad, religiosa o hasta sexual, como en el caso del amor homosexual (Alberoni, 1997).

Otro elemento a introducir en el enamoramiento es el dilema, la posibilidad de movilidad de cada estructura para la perpetuación del estado naciente. El dilema se enmarca como el rechazo a no elegir y el aprender a elegir. La confrontación a la carga moral que se desprende de la misma institución que se desea no elegir.

El enamoramiento no es sólo erotismo o placer. Es una experiencia única e inconfundible, un trastorno radical de la sensibilidad, de la mente y del corazón, que funde juntas a dos personas distintas y lejanas. El enamoramiento produce una transfiguración del mundo, una experiencia de lo sublime. Es locura, pero también descubrimiento de la propia verdad y del propio destino.

Cuando se está enamorado el amado no es comparable ni reemplazable por ningún otro, es único. El enamoramiento hace amar al otro por lo que es, hace amables incluso sus defectos, incluso sus carencias. Cada ser es, en sí mismo, perfecto, distinto de los otros, único e inconfundible.

La persona enamorada se siente interiormente obligada a comprometerse, a establecer un pacto, un juramento. Por eso el amor no es sólo placer, deseo, sentimiento y pasión, sino también compromiso, juramento y promesa. No sólo está forzado a “pensarse para siempre”, sino también a “comprometerse para siempre”. Es proyecto de edificación. El amor rompe con el pasado y crea una entidad social y cultural que antes no existía.

El amor verdadero, el amor que une, se presenta como experiencia extraordinaria, revelación y pasión.

El enamoramiento en la tradición occidental, es un factor esencial de la formación de la pareja. Es una de las raíces espontáneas de la monogamia. Pero su relación con el matrimonio varía con el tiempo.

Si se observa al individuo enamorado, y tratamos de comprender el significado social de su modo de ser y de actuar, entonces nos percatamos de que ese amor y esas emociones destrozan vínculos sociales e instauran otros nuevos. Al final ya no son los dos individuos de antes, sino dos personas nuevas, en una nueva colectividad: *la pareja*.

En el enamoramiento el proceso de fusión involucra a toda la personalidad y la historia de dos individuos que, salen transformados de la unión, y vinculados por un lazo profundo y duradero. Un lazo que los lleva a cambiar, a adaptarse recíprocamente, a enfrentarse, a vivir juntos y a reestructurar todas sus relaciones sociales

El enamoramiento no es sencillamente la explosión de una sexualidad inhibida en la meta. Y tampoco una regresión: es una maduración.

La persona se enamora cuando está dispuesta a variar, a dejar una experiencia ya adquirida y desgastada y a tener el impulso vital para llevar a cabo una nueva exploración, para cambiar de vida. Cuando se está dispuesto a hacer fructificar capacidades que no se habían aprovechado, a explorar mundos que aún no habían explorado, a realizar sueños y deseos a los que había renunciado. Se enamora cuando se está profundamente insatisfecho del presente y se tiene la energía interior para iniciar otra etapa de la existencia. El

enamoramamiento sólo ocurre cuando se ha acumulado tanto rechazo del pasado y tanto deseo de vida, tanto impulso vital como para hacer posible un nuevo salto hacia delante, un nuevo renacimiento, con todos los riesgos que éste comporta.

El enamoramiento empieza siempre a través de exploraciones, intentos, parte de los cuales no se desarrollan. En estas exploraciones una persona puede encontrarse inseguro entre dos polos de atracción. Pero aún no se puede decir que está enamorada.

Para que haya enamoramiento se necesita, por lo tanto, un malestar del presente, la lenta acumulación de una tensión, mucha energía vital y en fin, un factor desencadenante, un estímulo adecuado. En términos sociológicos se necesita la crisis de la relación entre el sujeto y su comunidad, luego algo que arrastra al sujeto hacia un nuevo tipo de vida, hacia un umbral, hasta un punto de ruptura, donde se arroja hacia lo nuevo. El verdadero enamoramiento es precedido por una crisis de las relaciones existentes, por la impresión de haberse equivocado, por la impresión de irrealidad y nula autenticidad. Y al mismo tiempo, por la aguda nostalgia de una vida más verdadera, más intensa y más real.

El reconocimiento es un fenómeno que se puede explicar teniendo presente que en la fase inicial del enamoramiento hay una profunda transformación emotiva y mental. La sensibilidad se dilata y se vuelve capaz de comprender, apreciar y amar al ser en sí mismo. Es como si se instituyera la esencia del otro, la que él mismo no conoce. Y es esta esencia la que la persona misma reconoce.

Los objetos de amor son, por consiguiente, siempre una construcción ideal, el producto de una elaboración. Están situados en un mito personal, continuamente reelaborado y modificado para reducir las tensiones, para hacerlos parecer buenos, resplandecientes, para bajar el nivel de ambivalencia. Pero este trabajo continuo de reparación, de ajuste, de compromisos prácticos y de revisiones ideales en ciertos casos puede fallar. Durante la vida, se cambia, lo que iba bien antes ya no basta. Nuevas experiencias hacen nacer en el yo nuevas exigencias.

Después de haber alcanzado una meta, afloran dentro de la persona todos los deseos a los que ha debido renunciar. También se modifican las personas que se aman. Se vuelven distintas, quieren otras cosas, incompatibles con las que nos gustan. O bien sigue fingiendo que todo es como antes mientras que en realidad, todo ha cambiado profundamente. Sigue interpretando una cotidianeidad en la que ya no sabe qué es verdadero y qué es falso. Ya ni siguiera sabe qué quiere (aprende a vivir con ello).

Esta es una situación de ambivalencia, de desorden, en la que tanto los mecanismos depresivos como los persecutorios fallan, porque ya no consiguen idealizar los objetos de amor. El problema es insoluble con los mecanismos tradicionales. Estos están sobrecargados. Son reemplazados por una sensación de vacío, de inutilidad y de fracaso. Los impulsos vitales ya no saben a dónde dirigirse. Vagan al azar, buscan nuevos caminos. El individuo tiene la experiencia de una gran potencialidad desperdiciada. La solución de este problema es siempre una redefinición de sí mismo y del mundo.

Puede ser, el fin, el enamoramiento. Entonces su meta última es una persona, porque es a través de ella que entrevé todo lo que es deseable y la perfección de su ser. El estado naciente marca el momento en que el viejo mundo, desordenado y ambivalente, pierde valor y aparece un nuevo, resplandeciente y luminoso. Es el momento de la muerte y resurrección. En el estado naciente del enamoramiento este renacimiento de la vida pasa a través del contacto y la relación con una persona bien definida (nos lleva a reestructurar).

El enamoramiento recíproco es el reconocimiento de dos personas que entran en estado naciente y que remodelan la propia vida a partir del otro. Para que haya enamoramiento bilateral es preciso, por tanto, que también el otro esté dispuesto a responder, a abrirse del mismo modo a renacer.

De costumbre, el proceso de estado naciente comienza en uno de los dos y luego, lo desencadena en el segundo, rompiendo su estado de equilibrio inestable. El estado naciente tiene una formidable capacidad de comunicación. Es una potencia de seducción extraordinaria que embiste a su objeto y lo arrastra consigo.

El enamoramiento es recíproco, por tanto, no es el reconocimiento de dos personas en condiciones normales, con sus cualidades definidas, sino el reconocimiento de dos personas en un estado extraordinario, el estado naciente. Dos personas que entrevén el fin de la separación del sujeto del objeto, el éxtasis absoluto, la perfección. Son potencias trascendentes, a través de las cuales pasa la vida en su integridad.

El enamorarse implica una renuncia a guiar las cosas, a ser fuerte, a todo poder y a todo orgullo. Se sacrifica toda seguridad.

Queremos ser vividos como únicos, extraordinarios, indispensables por que es único, extraordinario e indispensable.

La polaridad de la vida cotidiana se plantea entre la tranquilidad y el desasosiego; la del enamoramiento entre el éxtasis y el tormento.

En el amor, la fidelidad quiere decir exclusividad: amor por una sola persona, relaciones sexuales sólo con ella. Con la fidelidad comunico a mi amado que él vale más que cualquier otra persona, que es mi único bien, mi único deseo.

La fidelidad se convierte en una relación conmigo mismo. Es un acto que realizo conmigo mismo. Echo de mi pensamiento cualquier otra presencia, cualquier otro deseo, para dejar sitio sólo a él que se convierte en el protagonista, absoluto y privilegiado. Ensango mi alma, mi corazón, excluyendo de él todo aquello que podría molestar, resquebrajar mi amor, alejarme de él. Elimino cualquier posible seducción, cualquier posible tentación. Creo una barrera protectora en torno a mi amor (cierre de canales sensoriales).

La fidelidad implica siempre una dedicación de energías, un dispendio de sí mismo, obsequio del propio tiempo, obsequio de las propias tentaciones, de los propios pensamientos.

En el caso del dilema de la verdad moral ante la pareja y el reconocimiento del tercero, ¿qué es más importante decir la verdad o no hacer sufrir? Con el enamoramiento dos

individuos se escogen de manera electiva, se prefieren a cualquier otro y toman un compromiso recíproco de fidelidad.

Lo que define a una pareja como tal son el sentimiento y el compromiso de pertenencia mutua, mismos que se traducen en el deseo de compartir e intercambiar experiencias, sobre todo emocional y sexual, de manera exclusiva y permanente. Es decir, mi pareja y yo decidimos, de manera voluntaria, las emociones amorosas y las sexuales; nuestros cuerpos, son y serán compartidos entre ambos y por nadie más.

Así, la infidelidad puede ser definida como; una relación interpersonal que se da fuera de una pareja que suponga, tácita o explícitamente, una exclusividad emocional y sexual.

La relación “extrapareja” puede ir desde un involucramiento emocional no sexual que contenga los elementos de atracción, y sobre todo secreto, hasta la ocurrencia eventual o continua, con o sin involucramiento emocional, del ejercicio de la sexualidad (Zumaya. 2007).

No se puede reducir la vida de la pareja sólo a su estudio psicológico, en el cual la historia personal, afectiva y sexual de los cónyuges nos daría la clave. Es el contexto social y económico el que explica los puntos en común y las diferencias, de un ambiente social al otro, en la expresión del sentimiento amoroso y en el lenguaje de la vida sexual.

Pero esta fuerza es siempre contrastada por una fuerza opuesta: por el deseo sexual por personas nuevas, distintas e interesantes. El amor que une de manera exclusiva tiene como perenne adversario a la tendencia exploratoria presente en todo individuo, varón o mujer.

La tentación erótica se despierta precisamente como trasgresión, traición, aventura y desorden. Es el gusto de lo nuevo, de la diversidad, un impulso primordial e irracional se caracteriza por una inquietud de búsqueda, una tendencia a trascendernos. Un erotismo que es imposible que se canalice en la normalidad y en la institución por la influencia sociocultural; “*esposa buena*”.

Esta tendencia exploratoria, errabunda, destructiva, este desorden es el que, en un momento dado, se traduce en potencia creativa, unificadora. Del desorden repentinamente, nace el orden. La explosión erótica transgresiva del enamoramiento produce la fusión de pareja y la exclusividad. El enamoramiento, el te amo, entonces interrumpe la búsqueda y genera, por el contrario, una estructura estable, una entidad permanente, una pareja fiel (la exclusividad es un proceso que se otorga por amor, y no por el deber ser). Para que el enamoramiento se convierta en un amor exclusivo o fiel es preciso que ambos lo quieran. El amor, respecto del estado naciente del enamoramiento, es institución, es decir es algo elegido, querido.

Los antropólogos, tras haber estudiado las costumbres sexuales y matrimoniales de cientos de sociedades y culturas, han llegado a la conclusión de que en nuestra especie hay una fuerte tendencia a la monogamia, a la exclusividad amorosa y sexual. Pero contemporáneamente, en toda sociedad, existe siempre un cierto grado de infidelidad conyugal, tanto entre los hombres como entre las mujeres. Existen, pues, entre nosotros dos tendencias, dos deseos de base que están presentes a la vez y en conflicto. El que nos lleva hacia una persona en particular, única, inconfundible, con la que establecemos un vínculo amoroso duradero y del que nos sentimos celosos. Y el otro, un impulso de exploración que nos empuja a todos, hombres y mujeres, a buscar encuentros eróticos y relaciones con personas nuevas y variadas. (Alberoni, 2006)

Sólo en el caso del enamoramiento coinciden ambos impulsos porque se dirigen a una persona nueva con la que se establece un vínculo exclusivo.

Alberoni continúa diciendo que en el campo de las relaciones entre sexo y amor, el enamoramiento exalta y une la máxima sexualidad y el vínculo amoroso más fuerte. La sexualidad conserva su carácter desenfrenado, rompedor. Pero el enamoramiento no se reduce a un enorme placer sexual. Es un renacimiento, es juventud, exceso, éxtasis. Hace añicos los vínculos anteriores, suspende la ley, instauro el propio derecho soberano. Transfigura el mundo, nos pone en contacto con las fuentes profundas del ser y crea un fuerte vínculo, duradero, exigente.

Pero si se insiste demasiado en el enamoramiento se termina por ensombrecer, por infravalorar la importancia de otras experiencias eróticas y de la sexualidad como tal. Los dos impulsos a los que me he referido, aquel que nos une a una persona y aquel que nos empuja a buscar algo distinto, nunca desaparecen y así ahora prevalece el primero, después puede ser que prevalezca el segundo o incluso pueden llegar a manifestarse los dos a la vez.

La relación sexual, no puede ser nunca puramente física. Es siempre un encuentro de estructuras, una apertura amorosa al otro, hecho posible precisamente por la relación sexual, incluso cuando ocurre entre dos desconocidos, transgrede todas las etapas de las convenciones sociales.

En la mayoría de las parejas fieles la intranquilidad sexual se expresa en el plano de las fantasías. Incluso las personas que se aman profundamente pueden sentirse atraídas por otro y fantasean con tener una relación con él. La fantasía en este caso sustituye a la acción, ocupa su lugar y permite permanecer fiel al amado.

Incluso los miembros de la pareja más fiel, por consiguiente, se traicionan en el plano de lo imaginario. Pueden conservar la propia relación monogámica sólo a condición de mantener cuidadosamente secreto el uno al otro su mundo fantástico.

Muy distinta es la situación entre quienes no se aman. En este caso las fantasías eróticas no convergen en la persona amada, al contrario divergen cada vez más de ella. Y para alcanzar el orgasmo, cada uno debe imaginar que está con alguien que no está. Una situación que antes o después produce la impotencia o el rechazo.

Las condiciones de aislamiento impuestas por la vida moderna sólo amplifican la inseguridad latente que se oculta en el fondo de nuestra romántica actitud posesiva. El miedo a la pérdida y al abandono hace que nos aferremos con mayor fuerza a la fidelidad. En una cultura en la que todo es reemplazable en realidad, nuestra necesidad de sentirnos seguros en nuestra fundamental relación de pareja es enorme. Cuando más pequeños nos

sentimos en el mundo, más necesitamos brillar a los ojos de nuestro compañero. Queremos saber que le importamos y que, al menos para una persona, somos irremplazables. Ansiamos sentirnos completos y liberarnos de la prisión de nuestra soledad.

En el terreno de lo amoroso, el ser humano se enfrenta por lo menos a dos tendencias. La primera se caracteriza por el vagabundeo sexual, la búsqueda del nuevo, la promiscuidad; como superación definitiva de la exclusividad y de la posesión del individuo. La segunda por el enamoramiento, que establece un vínculo amoroso exclusivo y duradero. Pero el estado naciente amoroso debe convertirse en proyecto, en institución. En el siguiente capítulo se incursionará en cómo se puede dar la intromisión del amante o el tercero en la pareja; para ello se abordará y problematizará el papel que juegan las instituciones en la conformación de un tipo de personalidad llamada construcción particular que se apega al orden institucional con su carácter del deber ser. Para de ahí, analizar cómo se puede ver desestructurada tal tipo de personalidad que abre las posibilidades de nuevas o nacientes búsquedas, una de ellas la vinculación con el amante.

CAPITULO II. Construcción particular: un análisis de la intromisión del amante

2.1 La institucionalización

Las instituciones al reproducir los intereses de un sistema, pueden anular la posibilidad de individualización y funcionan para crear sujetos estandarizados, etiquetados; que se encauzan y se instalan en el deber ser; así, la institución atenta contra la construcción de la individualidad y el sujeto se instala en ella por deficiencia o por conveniencia.

Esta institucionalización no sólo significa la regulación del curso secuencial de toda la vida del sujeto; ya que segmenta, cataloga y define conceptualmente todo el desarrollo cronológico de la persona; sino que también establece la estructuración de las perspectivas y expectativas de su existir, de su vida. Mediante éstas las personas orientan y planean sus acciones, estandarizan su modo de vida, para que se adhieran y se fusionen a las características de la cultura e ideología dominante. La forma de institucionalizar el desarrollo humano obedece a la estructura social a la que se pertenece y Ésta responde a la supervivencia de un sistema –ideológico-, su obligación, su objetivo final es la reproducción del mismo.

Consciente o inconscientemente se asumen los elementos de la célula institucional, se desee o no, se tienen que instalar como sujeto “a”; no para ser, sino para el deber ser. Desde que se nace ya se está dentro de ella.

La sociedad es una estructura con sus propias represiones y recursos. Esto hace pensar que el desarrollo individual mejora o es posible mediante las posibilidades que proporcionan los recursos de la sociedad misma; pero que paradójicamente restringe según la etapa en la que ésta coloca a la persona. De este modo, los cambios sociales, culturales e históricos hacen que se originen ciertas reglas y eliminan otras, alternando, detentando y creando el sujeto que deber ser para que esta misma coexista.

Es por medio de la socialización que los individuos incorporan a sus esquemas las normas y valores del grupo de su pertenencia. Este proceso se da a través de la familia, la cultura, la educación y las leyes; las personas se integran a estos grupos en diferentes etapas de su vida. Con la socialización se inician las pautas de comportamientos que serán aprobadas socialmente por la sociedad en la que la persona se asume, misma que ha construido una serie de normas que por un lado, satisfacen las necesidades de orden biológico y de pertenencia, por el otro guían de forma detentatoria la actuación de la persona. De esta forma se garantiza la estabilidad y una continuidad del orden establecido e impuesto.

2. 2. La Familia

La familia es la institución principal socializadora de los individuos, donde la reproducción y continuidad de la especie se da de manera autorizada y permitida debido a que es ahí donde la persona establece sus primeros vínculos afectivos. De esta forma, es como las personas creemos necesitarla para la continuidad de la especie, además de enseñarles todas las normas sociales, patrones culturales, ideas, creencias y todo lo necesario para instalarse en el grupo. En esta perspectiva, la familia se convierte en la instancia mediadora entre los individuos y la sociedad.

Cualquier valor que sea destacado por la cultura, será transmitido al individuo a través de la familia, directamente por los padres.

La familia atribuye a la persona un género en el momento que se nace a partir de la apariencia exterior de los genitales, siendo esto el primer criterio de identificación de un sujeto. A partir de este momento la familia se ubicará como parte de la emisión de un discurso cultural y normativo teniendo como base los estereotipos de lo masculino y lo femenino que cada uno de ellos sustenta para su crianza adecuada a su enajenación.

Con base a los discursos que le transmite la familia, es como la persona se identifica con su género de pertenencia y estructura su experiencia vital, donde se identifica y asume el género con todas sus manifestaciones, sentimientos y actitudes acordes y permitidas para él.

Se le atribuye también un papel o rol de género como un conjunto de expectativas acerca de los comportamientos sociales apropiados y aprobados para las personas que poseen un determinado género. Es de esta forma que la estructura social prescribe una serie de funciones para el hombre y para la mujer, las cuales cuando se instalan en una sociedad son considerados como propias y naturales de sus respectivos géneros.

A partir de lo anterior, se puede considerar que las formas de comportamiento tradicionales “predeterminan” el destino social del ser humano de acuerdo a su género, puesto que en nuestra sociedad se ha dado una división sexual del trabajo, generando todo un conjunto de ideas que justifican las diferencias sexuales al interior de la familia. El proceso de socialización no es el mismo para las mujeres y los hombres, ya que no son contemplados como individuos sino como personas objetales diferenciadas por la ausencia o presencia de un miembro.

De esta forma, el proceso de socialización que la familia instala en la persona influye en cómo se desarrolla, estructura y vive cada etapa de su desarrollo psicológico. A partir de las distintas funciones y tareas, que desempeñan los integrantes de una familia, se establecen las áreas de poder de detentación dentro del grupo, así como en el contexto social.

Así, la persona desarrolla actitudes y comportamientos específicos, reproduciéndose de esta manera las ideas, las creencias, las costumbres, las formas de pensamiento que permiten la legitimación y reproducción del sistema social.

Por tanto en la familia se aprende el concepto de pareja asociado con matrimonio. En donde también se desarrollan los conceptos particularmente conocidos como fidelidad e infidelidad; siguiendo en ellos, los roles de género, la enajenación ya consciente y voluntaria a una institución indisoluble.

Los países latinos, son los guardianes de una tradición extremadamente severa de la fidelidad conyugal, sobre todo femenina, muy estricta. Los hombres defienden celosamente lo que continúan denominando su honor, el del nombre y el de la familia. Lo anterior sólo deja entrever el rol de la mujer como propiedad de los hombres. Esto demuestra la dificultad que se tiene para entender al concepto de “infidelidad” como un conflicto y no como prejuicio; ya que se instala dentro de un sistema de valores donde la sexualidad ocupa ciertamente un lugar importante, pero no es el todo esencial; más bien la sexualidad tiene un rol de control y pertenencia detentatoria, al atribuir a una exploración con un tercero como pauta y definición de la existencia misma; sin análisis, ni crítica, ni desarrollo del acto y muchos menos como posibilitador de desarrollo o reconstrucción del yo.

2.3. El Estado

Otra forma de asegurar la reproducción de un sistema, es a través de la estructura jurídica, política e ideológica. Se asegura a través del ejercicio del poder del Estado en los aparatos represivos del mismo en una parte y los aparatos ideológicos por la otra. El Estado es visto como la institución que domina las otras fórmulas institucionales del desarrollo de la vida del sujeto, lo detenta desde el nacimiento, con un documento que le ampare y es bajo este parámetro que el sujeto es y existe, hasta la vejez o su extinción siendo la ideología la representación de la relación imaginaria entre los individuos y sus condiciones reales de existencia.(Foucault, 1989).

Blachère y Rouchon (2006) aseguran que ni la ley, ni la moral, ni la religión han evitado nunca que las mujeres y los hombres se amaran a escondidas. Los hombres de la antigüedad necesitaron regular la unión de los hombres para garantizar la cohesión social. Así nació el concepto de pareja, primero, y luego el de matrimonio. El adulterio, como debilitaba este orden social, fue rápida y severamente reprimido.

Es decir, la sociedad ha regulado la sexualidad centrándose sobre todo en la necesidad de preservar el patrimonio y las estructuras sociales.

Históricamente, la monogamia representaba un sistema de control externo impuesto sobre la reproducción femenina. La fidelidad, como pilar fundamental de la sociedad patriarcal, estaba relacionada con el linaje y la propiedad; no tenía nada que ver con el amor. En la actualidad, y especialmente en Occidente, está íntimamente relacionada con el amor. Cuando el matrimonio dejó de ser un acuerdo contractual para convertirse en un asunto del corazón, la fidelidad se convirtió en una expresión mutua de amor y compromiso. La fidelidad, que una vez representó una prohibición social dirigida a las mujeres, constituye ahora una elección personal para ambos sexos. La convicción ha sustituido a la convención.

Los aparatos represivos del Estado actúan de forma masiva a través del ejercicio del poder, la función esencial del aparato es asegurar por la fuerza –física o no- las condiciones políticas de reproducción de las relaciones de producción -relaciones de explotación-, por medio de la legalización escrita –leyes- y los aparatos ideológicos son lo que entendemos como ideología dominante, de la clase dominante; aparato escolar, aparato familiar, aparato político, medios de comunicación de masas y aparato cultural.

Dentro de los aparatos represivos, como se mencionaba se encuentra la legislación, la creación de leyes para el control y supervivencia de la especie. Aquí encontramos que la exploración con terceros es denominada, adulterio y se concentra en el acto sexual o coito, como indicador de la infracción a una ley. Y es el código penal el que enmarca las represiones y castigos que implica el ser adúltero.

Así entonces, en la Legislación Penal Procesal para el Estado de México, se tipifica el adulterio como un delito; comprendido en el Código Penal del Estado de México como una conducta típica, antijurídica, culpable y punible: “A la persona casada que en el domicilio conyugal o con escándalo, tenga cópula con otra que no sea su cónyuge y a la que con ella lo tenga, sabiendo que es casada se le impondrán de seis meses a tres años de prisión y suspensión de derechos civiles hasta por seis años (Art. 222).

No se podrá proceder contra los adúlteros sino a petición del cónyuge ofendido, pero cuando Éste formule su querrela contra uno sólo de los inculpados, se procederá contra los dos.

Los países latinos siguen atados a la tradición patriarcal; la legislación concerniente a la sexualidad y al trato entre sexos está notablemente influenciada por ello. El derecho determina las obligaciones recíprocas de los esposos, resultantes del matrimonio, ASÍ como la ley prevee, con precisión, la represión del adulterio; lo cual se explica fácilmente si tenemos en cuenta que el matrimonio convierte a los dos esposos en una propiedad mutua de cada uno de ellos, por lo cual el cónyuge adúltero es un traidor a la fé jurada.

En el matrimonio civil, en el rito que evoca la epístola de Melchor Ocampo: “*Declaro en nombre de la ley y de la Sociedad, que quedan ustedes unidos en legítimo matrimonio, con todos los derechos y prerrogativas que la ley otorga y con las obligaciones que impone y manifiesto; que este es el único medio moral de fundar la familia, de conservar la especie y de suplir las imperfecciones del individuo que no puede bastarse a sí mismo para llegar a la perfección del género humano. Esta no existe en la persona sola sino en la dualidad conyugal. Los casados deben ser y serán sagrados el uno para el otro, aún más, de lo que es cada uno para sí. El hombre cuyos dotes sexuales son principalmente el valor y la fuerza, debe dar y dará a la mujer protección, alimento y dirección, tratándola siempre como a la parte más delicada, sensible y fina de sí mismo, y con la magnanimidad y benevolencia generosa que el fuerte debe al débil, esencialmente cuando éste débil se entrega a él, y cuando por la sociedad se le ha confiado. La mujer, cuyas principales dotes son la abnegación, la belleza, la compasión, la perspicacia y la ternura, debe dar y dará al marido obediencia, agrado, asistencia, consuelo y consejo, tratándolo siempre con la veneración que se debe a la persona que nos apoya y nos defiende, y con la delicadeza de quien no quiere exasperar la parte brusca, irritable y dura de sí mismo, propia de su carácter. El uno y el otro se deben y tendrán respeto, deferencia, fidelidad, confianza y ternura, y ambos procurarán que lo que el uno se esperaba del otro al unirse con él no vaya a desmentir con la unión*” (Ocampo, 1859).

Lo cual refuerza que la institución del matrimonio está regida por roles de género y se regula la conducta que de los cónyuges se espera y que las personas asumen. Anulando a la mujer como ser crítico y pensante, individual e independiente, dando por hecho que no se basta ni para ella misma, siendo esto una gran desventaja a la condición sociocultural que reviste al hombre ya que desde que nace se le hace creer que tiene el poder, lo cual asume de manera tácita, dogmática y sin alternativas para ambos.

En el hombre se esconden los derechos como marido-propietario, la mujer que no vive más que por, para y a través de él. Y reforzando el mito de que sólo a través de una pareja, más aún del matrimonio; es como se obtiene el desarrollo personal o felicidad.

El adulterio se plantea siempre sólo en términos morales. Ya sea para condenar, excusar o, en ciertos casos, aprobar una infidelidad, el juicio se pronuncia en función de una cierta apreciación moral o moralizadora absolutista. Vemos como el sistema social favorece al hombre que goza así de una indulgencia por parte de la justicia, inscrita en las leyes. El adulterio llega a ser una práctica corriente. Pasa fácilmente como un signo de hombría bien visto y bien llevado por el hombre. Con este afán, la fidelidad simboliza la dependencia de la esposa frente a su marido y a su nueva familia.

Tal vez es útil recordar que el matrimonio es anterior al advenimiento del cristianismo, que la fidelidad femenina es hija del régimen del derecho romano que da al hombre el derecho sobre la vida y la muerte de su mujer y de sus hijos. El derecho romano ha inspirado la concepción del código civil, elaborado durante la época napoleónica. Incluso humanizado y adaptado a los tiempos modernos, consagra su régimen de derecho paternal, que somete a la mujer al hombre, al padre y luego al marido. Toda la organización de la sociedad patriarcal está hecha a favor y en beneficio del hombre. El derecho ilustra y codifica esta realidad sociológica, donde la mujer es una mercancía que se cambia y se vende; el matrimonio permite que pase, oficialmente, de una autoridad familiar a una autoridad marital; dejando, a los ojos de la ley, a la mujer como una “menor”, en la imposibilidad de administrar sola sus bienes.

En los hombres, cuando la fidelidad es llevada a cabo como una resolución deficiente de conflictos, los convierte en personas respetables y bien pensantes y así se benefician de una mayor tolerancia para las aventuras extraconyugales; por ello, por comodidad y conveniencia se instala en ella la “necesidad” de ser amparada por el hombre..

Se es fiel por educación, por formación moral, por convicción religiosa, hasta por conveniencia o comodidad. Se es fiel, sobre todo, por adaptación social porque es necesaria en la estabilidad social. Esto es, fundamentalmente somos fieles porque serlo es una expresión de madurez social y emocional.

Ya que las leyes observan la infidelidad como conducta antisocial por atentar a la célula familiar en la que se fundamenta la sociedad y favorecer a su disolución a través del divorcio. De esta forma enajena la construcción de su yo al otro y a la sociedad en la que vive.

Entendiendo por conducta antisocial la que afecta de manera significativa el bien común, destruye los valores básicos de la sociedad, no respeta las leyes elementales de convivencia, no vive en sociedad sino en contra de ella, no es una conducta deseable (Cárdenas, 2002).

2.4. La Religión

Históricamente la Iglesia ha despreciado el sexo y con él a la mujer que con el pecado carnal desviaba al hombre de su camino hacia Dios. Además, la Iglesia asume a la vez un papel espiritual y una función temporal cuya importancia es hoy, todavía, evidente en nuestra sociedad occidental, donde la Iglesia sabe pesar sobre el gobierno.

La universalidad de la Iglesia es real. Todavía hoy, para muchos, cristianos o no cristianos, el matrimonio es la única forma social de las relaciones entre los sexos, la única posible y deseable, normal y moral, natural y universal; superior a todas las otras formas de organización de las relaciones sexuales, forma querida por Dios, signo histórico de la

superioridad de las sociedades que lo han institucionalizado; la estructura de la pareja monogámica es a la vez única (incluso sí la realidad prueba lo contrario) e irremplazable. La obligación de observar una castidad perfecta antes del matrimonio (virginidad) y en el matrimonio (fidelidad) es “natural”; la fidelidad es una virtud con fundamento en convicciones religiosas profundas.

Hoy, a pesar de que la Iglesia se ha acomodado a la evolución de la sociedad, a la relación sexual que no tiene como fin la procreación, se le considera desviada de su finalidad. La libertad sexual y el amor libre no tienen lugar en un sistema de valores donde la unión es ofrecimiento y eternidad, y no placer y provisionalidad. Para el dogmatismo doctrinal cristiano, sólo la unión amorosa y sexual duradera permite la realización humana; por tanto, la fidelidad sigue siendo un vínculo que hay que aceptar incondicionalmente.

Y de ello se tiene en cuenta principalmente durante el inicio de la adolescencia donde se pone de manifiesto socialmente la conformación del sujeto sexuado; y son más vulnerables por la búsqueda de su individualidad. Se desea instalar en ellos medios de represión que incidan en lo conductual, cognitivo y afectivo; esperando tener un control total de su conformación sexual.

De ello se da cuenta a través del control represivo de su sexualidad, las instituciones religiosas instalan en la persona la ideología como medio de detención. Insta la Biblia: “Amortigüen, por lo tanto los miembros de su cuerpo que están sobre la tierra en cuanto a fornicación, inmundicia, apetito sexual” (Colosenses 3:5). Desde esta visión el apetito sexual es concebido como una pasión descontrolada que puede llevar a uno a cometer actos de gravedad crasa como la homosexualidad y el lesbianismo.

El código moral de la Iglesia, dictado a través de los siglos, se presenta siempre como el único respetuoso de la verdad natural y de inspiración divina. La influencia religiosa es la que inspira, esencialmente, actitudes y comportamientos frente a la infidelidad conyugal. En nuestro sistema social se mide la fé religiosa y el cristianismo de los fieles por la ausencia o la práctica de relaciones extra-conyugales.

La sociedad occidental, nacida históricamente de la civilización judeo-cristiana, ha organizado socialmente las relaciones entre los sexos con el matrimonio monogámico. La mística de la pareja es inseparable de una concepción cristiana del matrimonio, sacramento cuyo significado es a la vez humano y divino: los esposos manifiestan un amor mutuo y total por la gracia de Dios que les une en el amor divino.

La unión eterna de los dos compañeros se cree vivir en la fidelidad conyugal, que se da por segura, lo mismo que la indisolubilidad del matrimonio. Se comprende que el divorcio sea difícilmente aceptado y reconocido por la iglesia y desde una perspectiva estrictamente religiosa, se explica fácilmente el status ambiguo de los divorciados en el seno de la comunidad católica.

Los ritos matrimoniales, religiosos y civiles, precisan los derechos y los deberes recíprocos de los esposos. El juramento de fidelidad, santificado por la iglesia, compromete de por vida a los dos esposos, cuyo amor mutuo y total es la expresión de amor de Dios para con el hombre.

En el rito religioso con base principalmente en “Yo, te acepto a ti como mi esposo (a), y prometo serte fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad, durante todos los días de mi vida hasta que la muerte nos separe”. Aquí la noción de fidelidad presupone la promesa solemnemente contraída para el resto de la vida de la persona. Haciendo tan evidente, enmarcándola como uno de sus mandamientos en el decálogo de la ley cristiana: “No debes cometer adulterio. No debes desear la casa de tu semejante, no debes desear la esposa de tu semejante....ni cosa alguna que pertenezca a tu semejante” (Éxodo 20:14 y 17).

La iglesia no define por si misma a la infidelidad, para ella no es una conducta *per sé* sino que implica una serie de actitudes que detentan en su totalidad la sexualidad de los otros; “Pero yo les digo que todo el que sigue mirando a una mujer a fin de tener una pasión por ella ya ha cometido adulterio con ella en su corazón” (Mateo 5:28).

Además de que la fidelidad es un deber estricto motivado por una cierta dependencia, religiosa y legalmente definida en el caso de las relaciones conyugales, y que necesita la observación permanente y rigurosa de este deber. Así la ceremonia religiosa del matrimonio refuerza esta idea de fidelidad, que tampoco está ausente en la ceremonia civil, pero que, sin el soporte de la justificación religiosa, queda más bien como un compromiso recíproco. La consecuencia lógica de la fidelidad es la honestidad y la castidad conyugales.

Su falta es la fornicación, el cónyuge adúltero enajena lo que no le es propio por que le pertenece a su cónyuge, es un acto de propiedad, pero la traición a la fé jurada acarrea consecuencias más graves a la mujer en una sociedad donde el honor masculino se confunde con la dominación, incluso sexual, de la mujer.

Los infieles, rompiendo los lazos sagrados del matrimonio han demostrado la imposibilidad de enajenar definitivamente su derecho de amar. Como si la fidelidad fuera el indicativo de su capacidad de relacionarse con el otro y más aún de reconstruirse en él.

La iglesia romana sabe influir en las decisiones de los Estados en lo que concierne a un cierto número de leyes. En particular, es fácil constatar en materia de sexualidad (Leyes sobre el divorcio, la contracepción, el aborto) la Iglesia, en su seno discute y legisla, luego da a conocer oficialmente sus decisiones a la humanidad y los gobiernos las tienen en cuenta. Por tanto, era legítimo e indispensable que tratáramos de apreciar el peso real de la Iglesia sobre el total de la población de los países.

La Iglesia católica y romana sigue intransigente para con la fidelidad conyugal, ya que ella es la consecuencia lógica de la indisolubilidad del matrimonio, que es la doctrina. Los conflictos y crisis que puedan desarrollarse en el seno de una pareja cristiana son pruebas que hay que vivir cristianamente.

2. 5. Instituciones, el enamoramiento y la infidelidad.

Es necesario analizar el cómo se vive o se deja vivir esta realidad como sujetos particularistas o como sujetos individuales. Dejando claro que el objetivo es la despersonalización; los sujetos particulares fusionados a la cultura, necesitan aprobación de la misma. Que vive dentro del inconsciente social; él deber ser, es lo que prevalece en la forma como se dirige en su medio. No cuestiona, por tanto no analiza, ni reflexiona y se instala en la deficiencia, reproduciendo lo existente como único y válido, no tiene reacciones propias, éste es un sujeto despersonalizado. Se enajena con el sistema por tanto es producto del sistema social.

El sujeto individual, tiene un pensar que crítica, cuestiona y razona, es aquel que toma distancia de sí mismo y de la cultura; es un ser consciente que posibilita la construcción de ser.

El proceso de desarrollo del sujeto individual pasa por estadios, conflictos y experiencias. Se encuentra continuamente con reflejos a los cuales confronta, incluyendo experiencias amorosas con diversas personas. Una unión integra estas distintas fases que forman parte de la dinámica del desarrollo de la vida, constituir fuera del mito de la pareja perfecta. Si la infidelidad sigue siendo una experiencia de conflicto y crisis no resuelto en el desarrollo de una pareja, es tal vez porque los cónyuges no han alcanzado el mismo grado de madurez, es decir, la posibilidad de aceptar al otro en su búsqueda de una mayor realización de sí mismo.

La ideología dominante sigue manteniendo el mito de la pareja perfecta y que la influencia de los medios de comunicación de masas, especialmente la femenina asegura su reproducción con la ayuda de la ideología religiosa cristiana.

¿Pero que se entiende por mito de pareja perfecta? Doring (1995) menciona que la pareja se finca en el amor erótico. Se basa en la atracción sexual, en un amor erótico elegido libremente pero que ha de hacerse estable. De este amor dependen la estabilidad y la

permanencia de la pareja. Pero basar la pareja en el amor erótico, es en cierto modo una forma de rechazo y oposición al matrimonio clásico cuya base es la conveniencia social.

Tener una pareja o ser una pareja se considera la realización, la plenitud. La pareja puede tener pequeñas desavenencia, ajustes o reajustes, pero son acomodados porque la pareja es considerada en sí plenitud, realización completa, todo. Así pues, si la pareja es la realización, el haber llegado, tiene que ser por necesidad, permanente. Si falla, deberá ser por culpa de alguien o si se quiere por culpa de los dos; tiene que existir una culpa, algo que se hizo mal. No se concibe como algo que pueda superarse, como algo que por naturaleza es fallido, como son fallidas todas las situaciones del hombre en su absolutismo del llegar a ser. Y entendiendo también que la realización, la plenitud no es permisible; solo se encuentra al lado de Dios y en el cielo; bajo este absoluto es que el matrimonio es vivido como justificación de las crisis y conflictos a los que la pareja se confronta.

Se nos hace creer que la pareja se elige “libremente” por la sola química de la atracción y que se mantiene libremente en una situación de libertad que es permanente. Jamás se visualiza la contradicción que existe. Se recurre a la absurda idea de que el hombre y la mujer, en uso de su libertad, eligen la permanencia, más de lo mismo, la inalterabilidad, la unión permanente, Como si el hombre pudiera elegir quedarse en lo mismo, sentir las mismas emociones y hacer las mismas cosas. Como si el sentimiento de amor a la pareja se tuviera que experimentar siempre. Dice que hay libertad, pero se establece en el mismo sentimiento estático, en el deber.

La libertad queda como una ficción, es simplemente una palabra que en el último término sólo significa que la pareja es algo distinto del matrimonio, donde la indisolubilidad del mismo es una negación de la libertad.

La permanencia en la relación que supuestamente daría profundidad a la misma, logra lo contrario. Esta se vuelve superficial, se estanca, se hace rutinaria, repetitiva y vanal. Además de hacerse opresiva para los miembros de la pareja quienes se ven o bien obligados a sostener los sentimientos de amor de forma permanente o bien merecedora de castigo por cargar con una culpa irredimible cuando no lo sostienen.

Así, se muestra lo imposible del mito de la pareja, su irrealidad, lo cual explica que cuando la persona persigue la consecución de este mito, lleguen a una situación tremendamente frustrante, agobiante y opresiva, a una no-realización o a un deterioro de su persona. La expectativa de plenitud, de realización y de felicidad que mueve a la pareja, se convierte en opresión, condenación y disminución de las personas.

Así también, la pareja como plenitud y realización está en contradicción con la experiencia humana de su ser imperfecto, siempre haciéndose, corrigiéndose para volverse hacer, en un proceso de llegar a ser, de devenir, de estar siempre inacabado, siempre en camino de ser lo que nunca se acaba de ser. Por tanto si se define al hombre como un ser en devenir, siempre realizándose, siempre llegando a ser sin nunca llegar a la plenitud del ser, el mito de la pareja sería contradictorio. Más bien parecería que se trata de seres a los que sí convendría la perfección como pareja o través de la pareja.

Si se piensa que hombre tiene que salir de sí mismo en sus proyectos, si tiene que trascender en su hacer, luego el encerrarse en la pareja, volcarse el uno en el otro, no sólo no ayuda a realizarse, sino que es fuente de una descomposición humana profunda. Este volcarse sobre sí mismo, tiende a maximizar la sexualidad que acaba desconectada de todo sentido antropológico (Doring, 1995).

Se funcionaliza o debe decir se fusiona el hombre en la pareja, con lo cual la pareja misma acaba siendo una función que aliena al hombre. El que la pareja esté unida por el amor erótico “libremente” elegido y permanente, implica que el único sentimiento que puede ser manifestado es el amor, con lo cual se reducen todas las posibilidades de comunicación entre ambos y se produce la incomunicación total.

En otro momento de reflexión, tenemos que de la pareja se espera que satisfaga todas la necesidades afectivas de la persona, en las que van incluidas con mucha frecuencia las carencias no resueltas y proyectadas sobre la otra persona. Tales como las necesidades de aceptación, de seguridad, de posesión, etc. Obviamente la pareja no puede ser la que resuelva la problemática del otro.

De ello se deduce que la monogamia es la vaca sagrada del ideal amoroso, ya que es el indicador de que somos especiales: me han elegido a mí y han renunciado a los demás. Cuando tú le das la espalda a otros amores, confirmas que soy único; cuando tu mano o tu mente se alejan, mi importancia se hace añico. De manera inversa, si ya no me siento especial, mis propias manos y mi mente se estremecen por la intriga. Las personas desilusionadas son propensas a divagar. ¿Podrá alguien devolverme mi importancia?

El otro se vive en la pareja como “alguien para el otro, “tú”, “mí” en cuanto a que tiene que cubrir todas sus necesidades. La relación se convierte en una dependencia que va prescindiendo de los elementos esenciales de una relación que los complementa, el diálogo que llevaría al encuentro y que iría construyendo la relación misma y originando la transformación o en su caso, llevando a la separación. Esto implica necesariamente un trabajo de duelo se quiera o no

El duelo es entendido como el conjunto de manifestaciones fisiológicas, intelectuales, emocionales, conductuales y espirituales que se manifiestan como consecuencia de una pérdida. El duelo tiene que ver con pérdidas, con cambios, con finales, con separaciones, situaciones vitales que implican el final de algo abundan, proliferan, son comunes en la vida.

Desde el punto de vista afectivo, enamoramiento, noviazgo, pareja, separaciones, divorcios, fallecimientos, vuelven a ponernos delante, cierres, finales, procesos que invitan a nuevas posibilidades, porque invitan y no traen; ya que por si misma no es posibilidad de movimiento; sino que depende de la estructura de quien lo vive y cómo lo desarrolla.

Porque mientras traer implica que algo me llega independientemente de mi actitud, invitar supone una posterior decisión por mi parte, es aceptar o no lo que se me brinda. Mientras en el traer soy todo lo que viene, ante la invitación soy protagonista de lo que ocurra.

Lo que va a decidir el que una pérdida tenga connotaciones de abandono, vacío, desolación, o que por el contrario deje la posibilidad de posteriores ganancias, es la forma en que ésta haya sido elaborada.

La manera en que una persona enfrenta el sufrimiento depende de la personalidad del individuo y de la relación que tuvo con la persona de la que se separó. También es relevante, la experiencia en sí, la manera en que se desarrolló, las creencias religiosas y culturales, la historia del sujeto, el apoyo disponible así como el estado socioeconómico, en la manera en que una persona es afectada durante el proceso de duelo.

Es por el proceso que implica el duelo que se posibilita movimiento, pero conlleva necesariamente sufrimiento, por lo que se rehúsa esta alternativa en la pareja.

En términos generales, dos personas se unen porque en el momento en que toman tal decisión tienen la impresión de que la compañía y presencia del otro les complementa. En esta etapa no se percatan de las implicaciones que tiene el hecho de encontrar o situar su propia complementariedad, - o el grado más próximo en él -, su integridad, ¡en otro! No se percatan del poder que colocan en otro ser, a costa de la posibilidad del desarrollo individual, crecimiento y maduración personales. Y es lógico que mientras conservan esta compañía, dependencia, o relación sincrética, no necesitan ocuparse de su propio proceso personal.

Para Blachère y Rouchon (2006) ser celoso es experimentar una regresión a un estadio infantil de la relación afectiva. La duda surge cuando no consideramos a nuestra pareja como un individuo diferente, sino como una parte de nosotros mismos, igual que hace el bebé con su madre. Además, proyectamos en ella representaciones psíquicas que nos son propias. Simplificando, tememos que el otro no engañe es porque tenemos conciencia de que hay otros “objetos de amor” a su alcance. Esto explica por qué algunas personas muy celosas son también muy infieles. La infidelidad se experimenta como una traición cuando no se soporta que el otro tenga un deseo diferente del de uno mismo.

Así, coloco en el otro y no en mí, la posibilidad-responsabilidad de mi propia realización. Y por mi parte me desocupo de atender mi desarrollo personal.

Nunca se le pregunta a la pareja si aceptaba o estaba dispuesta a jugar el papel de “tutor”; le colocamos una responsabilidad de por sí difícil por lo que en sí mismo implica “el desarrollo” cuando muy probablemente ni siquiera ella esté en condiciones de enfrentar su propio compromiso existencial y de desarrollo. De lo contrario, no habría a su vez, formado una pareja con estas características y quizás mucho menos nos hubiera elegido como su pareja.

Las frases cotidianas y comunes “no puede vivir sin ti” expresan otro aspecto de esta situación no puedo vivir conmigo mismo.

Si cada uno de ellos integra la pareja sobre la base de sus carencia, lo que espera que el otro le proporcione, sin siquiera ser conciente de que integra una institución, un proyecto común.

Pero, las personas quieren compañeros fieles ¿por un ideal o por conformismo, por seguridad, por ideología o por continuar con el mito de la pareja perfecta?

Como se ve, la noción de fidelidad es variable y depende en gran medida de las reglas en uso, de las tradiciones religiosas y familiares, de una sociedad determinada.

Los valores a los cuales el hombre y la mujer se sienten más adheridos en su vida conyugal dependen, en gran medida, de la percepción de los papeles (roles) masculinos y femeninos. En la medida en que estos valores evolucionan, el tema de la fidelidad se presenta bajo un nuevo aspecto.

CAPITULO III. Análisis de la intromisión del amante en la pareja

En los lindes de toda pareja mora un tercero. El tercero es la manifestación de nuestro deseo por aquello que está al otro lado de la valla. Es lo prohibido. El amante es el tercero.

Existe según Alberoni (2006) entre nosotros dos tendencias, dos deseos de base que están presentes a la vez y en conflicto. El que nos lleva hacia una persona en particular, única, inconfundible, con la que establecemos un vínculo amoroso duradero y del que nos empuja a todos, hombres y mujeres, a buscar encuentros eróticos y relaciones con personas nuevas y variadas. Estos impulsos, aquel que nos une a una persona y aquel que nos empuja a buscar algo distinto, nunca desaparecen y si ahora prevalece el primero, después puede ser que prevalezca el segundo o incluso pueden llegar a manifestarse los dos a la vez.

Para Perel, (2007) todos compartimos una necesidad básica de seguridad, que nos conduce, en primer lugar, hacia relaciones que impliquen un nivel de compromiso, pero tenemos una necesidad igualmente de aventura y emoción.

Recurrimos a una sola persona para que nos proporcione aquello que alguna vez proporcionó toda una comunidad: una sensación de pertenencia, significado y continuidad. Al mismo tiempo, esperamos que nuestras relaciones de pareja sean románticas además de emocional y sexualmente plenas.

Afirma que el amor y el deseo no son mutuamente excluyentes: simplemente, no siempre se dan al mismo tiempo. De hecho, la seguridad y la pasión son dos necesidades humanas esenciales e independientes que surgen por diferentes motivos y que tienden a arrastrarnos hacia distintas direcciones.

Todos necesitamos seguridad, esto es, permanencia, fiabilidad, estabilidad y continuidad. Estos instintos de echar raíces, de anidar, están cimentados en nuestra experiencia humana. Por otro lado, también sentimos la necesidad de innovación y cambio: fuerzas generadoras que le dan a la vida su plenitud y energía. Aquí, el riesgo y la aventura cubran mucha importancia. Estamos llenos de contradicciones: por un lado, buscamos seguridad y predictibilidad; y, por otro, deseamos la mayor diversidad posible.

Continúa narrando como es el proceso de enamoramiento según su análisis; conoces alguien a través de una fuerte alquimia de atracción. Se trata de una dulce reacción y siempre constituye una sorpresa. Te cautiva una sensación de posibilidad, de esperanza, de ser alzado por los aires y salir de lo mundano para entrar en un mundo de emoción y encantamiento. El amor te atrapa y te sientes poderoso. Sientes una ráfaga de emoción y quieres mantener esa sensación. También sientes temor. Cuento más apego vas sintiendo, más tienes que perder. Entonces decides buscar la manera de que el amor sea más seguro. Tratas de sujetarlo y hacerlo dependiente.

Haces tus primeras promesas y, con alegría, renuncias a un poco de libertad a cambio de un poco de estabilidad. Creas estrategias para tu comodidad (hábitos, rituales, apodos cariñosos) que te dan la tranquilidad que tanto necesitas. Pero la emoción que sentías estaba rodeada de cierta inseguridad. Tu emoción era el resultado de la incertidumbre; y ahora, al intentar domesticarla, terminas debilitando la vitalidad de tu relación.

Disfrutas de la comodidad, pero te quejas de que te sientes encarcelado. Echas de menos la espontaneidad. Al intentar controlar los riesgos que trae la pasión, has acabado con ella, así nace el aburrimiento matrimonial.

Lo que para Alberoni, (2006) define como, proceso de deserotización que precede al enamoramiento; porque, tras un tiempo, la fusión entre amor y sexualidad se debilita y se rompe. Las dos tendencias, que se habían fundido, se separan y pueden entrar nuevamente en conflicto. Los maridos, aunque continúan queriendo a sus esposas, es fácil que se dejen

atraer sexualmente por otras mujeres. Las esposas, aunque continúan queriendo a sus maridos, se dejan tentar por una aventura sexual.

Existe una marcada tendencia en las relaciones duraderas a preferir lo predecible a lo impredecible. Sin embargo, el erotismo florece con lo impredecible. El deseo no va de la mano del hábito y la repetición. Es indisciplinado y difícil de controlar.

Muchas parejas piensan que saben todo lo que tienen que saber sobre su compañero, en realidad, nunca conocemos tan bien a nuestra pareja como creemos; aún en los matrimonios más aburridos, la previsibilidad es un espejismo.

Nuestra necesidad de constancia limita nuestro deseo de conocer a la persona que tenemos junto a nosotros. Así, nos ocupamos de que ella o él respondan a una imagen que a menudo es producto de nuestra propia imaginación, que está basada en nuestras propias necesidades. Vemos lo que queremos ver, lo que toleramos ver, y nuestra pareja hace lo mismo. Neutralizar las complejidades del otro nos proporciona una especie de otredad que podemos manejar. Reducimos al otro, ignorando o rechazando ciertas partes esenciales cuando éstas amenazan el orden establecido en nuestra pareja. También nos ponemos un freno, deshaciéndonos así de buena parte de nuestra personalidad en nombre del amor.

Pero como ya su había comentado es una reorientación que en este instante dista de un enamoramiento; se requiere de elementos de reestructuración y del deseo de una institución para romper con el vínculo anterior.

3.1. El conflicto del vínculo amoroso por el tercero

Es claro que la intromisión de un tercero en la pareja crea una crisis en el individuo y en la pareja; la infidelidad es sólo el resultado de las crisis en la pareja y de la individual; y ésta

no es sólo sexual pues el cónyuge que se reorienta buscará aspectos que su pareja no le brinda y estos pueden ser intelectuales, sexuales, físicos y emocionales.

Se ha analizado también el matrimonio como institución, que ha sido cuestionado como una institución ideológica de control y coerción que permite la recreación del orden establecido por el Estado. Al ser el matrimonio una institución social es difícil que la familia pueda modificar a la sociedad, más bien ocurre que lo social construye tanto a la intimidad como a la privacidad. El tema de la infidelidad, de los amantes o de las relaciones extraconyugales es uno de los puntos de partida para exaltar o desvirtuar a la familia y al matrimonio como el rector del statu quo, ideal, sólido e invulnerable.

También se ha soslayado el hecho de que la moralidad, junto con sus valores, costumbres, norma, etc, incitan al individuo sólo desde afuera o desde el grupo sin intentar siquiera apuntar hacia los factores inconscientes y/o intrapsíquicos que desencadenan a la infidelidad.

Se sugiere que el tema de la infidelidad no sea abordado como una entidad en sí misma, sino que tendría que ser entendida como una de las crisis del individuo como de la de la pareja, tendría que ser una de las consecuencias de la evolución de la pareja.

Según Perel(2007) se observan ganancias primarias y secundarias tanto para la persona que vive la infidelidad como la pareja y aunque no abordado el o la amante también. Puesto que la pareja es un sistema que reaccionará a cualquier tipo de modificación que afecte a algún miembro dentro de la unidad de la pareja.

3.2. Formas de resolución del conflicto por el tercero

Evasión

Se plantea la evasión como la falta de confrontación por parte del sujeto hacia el conflicto que le provoca la presencia del tercero; es decir, que ante la posibilidad de vivir la experiencia que el otro le invita en su movimiento, éste se niega. Se niega totalmente la reorientación que le implica el reflejo de una estructura que puede posibilitar su desarrollo. No hay intento de resolución.

Pero la característica principal no es tanto que se niegue a ello, sino que lo hace por carecer de los elementos que le lleven a un análisis de su propio conflicto; así pues lo evade no por que no quiera vivir la experiencia del otro, sino por que él mismo se instala en una condición inamovible del deber ser. Sin elementos de reflexión de la situación que se le presenta.

Se instala en deber ser que construyeron las instituciones a las que pertenece y le enajenan, no permitiéndose una introspección y análisis de la situación que se vive. Se niega rotundamente cualquier aproximación del otro, cerrando su estructura en una apropiación de valores que posiblemente el yo no ha construido y que ha retomado de otros.

Hay que aclarar que esta incursión del tercero no necesariamente se trata de una exploración en la sexualidad del yo y del otro, como lo enmarcan otros autores (Eisenbeg, 1993 y Rodríguez, 1993), sino que como se ha venido desarrollando implica todas las estructuras que el otro ostenta.

Incursión sin estructuración.

Se refiere a las exploraciones que el individuo lleva a cabo como resultado del conflicto que le provoca el otro sin elementos de estructuración en el yo. Es decir, se llega a incursiones con la estructura del otro sin que se lleve a cabo un conocimiento del yo y de la estructura del otro, imposibilitando el reconocimiento que este proceso puede posibilitar. No se trasciende de objeto a sujeto, se detiene en la exploración objetal.

Es aquella en la que se obtiene placer sin tan siquiera haber identificado a la persona con la que se establece un contacto sexual o a la que enseguida después del acto se la olvida por que se sustituye por otra. El individuo desaparece completamente, desaparece su fisonomía, sus cualidades psíquicas y morales, su posición social. Tan sólo queda de él el cuerpo. Lo entero está presente de una forma que carece de todo y el fragmento, la parte, se obtiene cuando se borra aquello que se sabe que existe. De sujeto a objeto (Rollo May, 2000); es decir la individualidad del otro desaparece, solo queda lo particular.

Si el individuo no está consciente de lo que el conflicto le posibilita en su desarrollo, no tiene los elementos para que pueda ejercer, para reconocer esa experiencia que pueda dar esa continuidad que requiere en su desarrollo y que el otro esta invitando. El individuo puede realizar un sin número de exploraciones pero sin trascendencia en su desarrollo.

En este caso hay una negación en ambas partes; del que explora y de la pareja institucional a reconocer abiertamente la existencia del amante, ya que no tiene como fin un reconocimiento de sí mismo ni del otro, sino únicamente es una exploración sin proyecto. No hay estado naciente, no hay ruptura ni se crea otra institución; se pretende conservar la institución de la que se deviene intacta a pesar de la necesidad de reestructurarla.

Los problemas aparecen cuando la monogamia deja de ser una expresión libre de lealtad y se convierte en una forma de consentimiento impuesto. El control excesivo puede crear al marco para lo que Blachere(2006) llama “actos de exuberante desafío”. Cuando se niega al tercero, algunas personas deciden sortear este obstáculo en privado. Son trasgresiones

comunes que brindan cierta distancia psicológica respecto de las relaciones de pareja dominantes, Cuando el tercero es desterrado y su presencia sólo se permite fuera del matrimonio, es allí donde se le busca.

Por supuesto, es importante diferenciar entre lo que es una traición necesaria para el crecimiento, y lo que es una traición toxica e innecesaria que solo es una expresión de hostilidad (Zumaya, 2007).

Alberoni (2005) lo aborda como actividad sexual impersonal; que es aquella en la que se obtiene placer sin tan siquiera haber identificado a la persona con la que se establece un contacto carnal o a la que sustituye por otra. En el sexo impersonal el individuo desaparece completamente, desaparece su fisonomía, sus cualidades psíquicas y morales, su posición social. Tan sólo queda de él cuerpo o una parte de el. En la sexualidad impersonal, lo entero está presente de una forma que carece de modo el fragmento, la parte, se obtiene cuando se borra aquello que se sabe que existe. La individualidad del otro desaparece, sólo queda lo particular, quizás incluido en un ambiente específico, con una cierta iluminación, y eso es lo que absorbe el interés.

Construcción – reconstrucción.

Esta forma de confrontar el conflicto del otro implica incursiones en el otro como fundamento del que otro es el que me hace ser. Posibilita mi conocimiento, mi reconocimiento y reestructuración constante para mi desarrollo. Cabe aclarar que las incursiones pueden implicar a todas las estructuras que requieran de un reflejo de perfeccionamiento y no necesariamente referirse al acto sexual. Retomando el proceso de enamoramiento (Alberoni, 1984).

Se realizan exploraciones concientes de las que se puedan retomar elementos de desarrollo. Cada una de estas exploraciones llevan un objetivo conciente y del sujeto dependerá las implicaciones que estas tengan en su estructura en la del otro y en su pareja.

Cada uno de los enamorados quiere llevar a la práctica sus propias potencialidades, así como las del amado, y elaborar un proyecto de vida en común. Vida en común no significa necesariamente matrimonio y ni tan siquiera convivencia aunque es lógico que dos enamorados deseen estar juntos el máximo tiempo posible.

3.3 Lo que permite el conflicto del tercero en la conformación del yo.

Según Proust en Perel; el secreto para tener relaciones de pareja duraderas es la infidelidad. No el acto en sí mismo, sino la amenaza de ella. Una inyección de celos es la única cosa capaz de rescatar una relación de pareja que ha sido arruinada por la rutina.

Se tendrá que tomar una postura moralmente neutra, que nos permita explorar con libertad el significado de la aventura, en lugar de analizar su aspecto ético.

La presencia del tercero es un hecho de la vida; cómo manejar el asunto depende de nosotros. Podemos tomar una postura temerosa y de indignación moral, o podemos revestirlo de una fuerte curiosidad y una sensación de intriga.

A veces una aventura amorosa consiste en una búsqueda de intensidad, o en una rebelión en contra de los límites impuestos por el matrimonio.

La trasgresión es afrodisíaca, y en ocasiones los secretos son una fuente de autonomía o una reacción violenta contra la falta de privacidad.

Dice Zumaya que el descubrir la infidelidad precipita una crisis en la pareja, y el aspecto más destructivo de este descubrimiento no es la existencia de la aventura en sí misma, sino

los poderosos sentimientos de traición, ruptura de confianza y desolación que provoca conocerla.

Algunas aventuras amorosas constituyen actos de resistencia; otras tienen lugar, precisamente, cuando no ofrecemos resistencia en absoluto. El hecho de descarriarse puede hacer sonar una alarma que indique una necesidad urgente de prestar atención al matrimonio, o puede convertirse en la campana fúnebre que se escucha tras el último y agonizante suspiro de la relación de pareja.

Perel (2007), cuestiona la visión, ampliamente difundida, de que la infidelidad siempre indica problemas más profundos dentro de una relación. Las aventuras surgen a causa de una miríada de fuerzas; y no todas ellas están directamente relacionadas con fallos en el matrimonio. Da la casualidad de que muchos adúlteros están bastante satisfechos con sus relaciones de pareja.

La infidelidad se produce como resultado del hecho de que las parejas no suelen hablar de sus carencias, de los vacíos de su relación: que tienen que ver menos con el sexo y bastante más con la decepción, el enojo o la sensación de vacuidad personal, con la esperanza de ser amado. Acepta lo correspondido...

En tesis básica de Mario Zumaya (2007), menciona que la infidelidad es resultado de la falta de intimidad en la pareja y, sobre todo, de la falta de intimidad consigo mismo. Es decir, si no me conozco o no me quiero ver como realmente soy, me será difícil saber que quiero y con quién lo quiero...El problema será que nadie podrá conocerme hasta que yo mismo lo haga". Pero también es un hecho que en un estado de menor madurez y desarrollo psicológico; no se siente como si fuera al propio amor al que se esta siento fiel, sino que se imagina que se es fiel a al otro, y, por ello, es comprensible que se desplieguen todo tipo de expectativas hacia la otra persona a las que , inconcebiblemente; se asume que se tiene derecho, como una especie de compensación tácita a su propia y aparente "lealtad" al otro; y no por el amor que se siente por él o ella.

Al realizar exploraciones concientes de las que se puedan retomar elementos de desarrollo. Cada una de estas exploraciones puede llevar un objetivo conciente y del sujeto dependerá las implicaciones que éstas tengan en la estructura del otro y en su pareja. El objetivo principal de éstas es que el sujeto incorpore las estructuras, que se movilice al perfeccionamiento que le refleje el amante y por consecuencia llevarla también a un reflejo de la pareja institucional que tiene la posibilidad de reestructurarse.

Se intentará ahora elucidar las consecuencia que la infidelidad trae en la pareja, pues contrariamente a lo que se piensa la infidelidad no es causa de la ruptura de la pareja.

Independientemente de que el cónyuge "engañado" se entere o no, y sin perder de vista que la confesión suele llevar gran carga de hostilidad, aunado a las diferentes fases por las que atraviesa el cónyuge, víctima de la infidelidad, después de "conocer la verdad", este tema puede consolidar la relación siempre que se hable del por qué y no del cómo, pues la pareja podrá estrechar aún más sus lazos. Es necesario salir del estereotipo de engañado contra engañador para superar la crisis.

Apunta que el valor social, cultural y hasta moral; conferido a la noción de fidelidad es variable dependiendo del contexto; así como de los supuestos acuerdos subyacentes en el contrato de establecimiento de una pareja. Lo que resulta inobjetable, es que hay hechos y consecuencias generalmente marcados por una gran carga emocional para los involucrados. Se nos sugiere que "el aspecto más destructivo no es la existencia de la aventura" en sí misma, si no los poderosos sentimientos de traición, ruptura de confianza y desolación que provoca conocerla" (Zumaya, 2007)

En este sentido, su experiencia- la del conocimiento de la infidelidad-, puede ser devastadora y despierta sentimientos primarios, instintivos y regresivos que cambian la fantasía de lo que era la vida de la víctima hasta entonces. La imagen es la de desmembramiento...la ruptura de la imagen ideal, de las expectativas del otro, es uno mismo...como si fuera capaz de satisfacer las necesidades del otro.

Aunque la infidelidad no es el factor desencadenante para el divorcio, es una gran prueba para la educación tradicional a la que estamos sometidos. Ningún amante está psicológicamente preparado para enfrentar a la sociedad haciendo de su amor ilícito algo público. Así, todos los amantes serán boicoteados por su estructura super yoica que les prohíbe salirse de los cánones de las morales establecidas. Lo prohibido, lo secreto.

Así, más que buscar patologías, habrá que pensar que la infidelidad puede ser un síntoma de la larga serie de crisis por las que atraviesa la pareja y la funcionalidad, en vez de morbosidad, estará dada por la manera en que la pareja pueda comunicarse y superar la crisis.

La vulnerabilidad del momento, la capacidad de hacerse querer y de querer dan forma a nuestras apreciaciones, a nuestras reacciones ante una situación de adulterio. Debemos tener el valor de admitir que nuestra concepción de la infidelidad depende de quien el es afectado.

Si la relación extraconyugal pierde su carácter extraordinario, si es motivo de insatisfacción porque complica la vida en lugar de embellecerla, cuando pone en peligro a la pareja fija, entonces hay que ser capaz de cortar.

La infidelidad del uno o del otro abre, o culmina, con toda seguridad, una crisis conyugal. Esto les permite avanzar a los dos, pero falta saber hacia dónde. Un nuevo compromiso, la debilitación del vínculo, la ruptura...una aventura...es la aventura. Tener una relación extraconyugal a veces es un rodeo, un poco complicado, que permite conocerse mejor. Saber lo que se quiere y, sobre todo, saber qué es lo que tiene valor (Blachère y Rouchon, 2005).

Continúan diciendo que es entonces cuando la pareja empieza muy rápidamente a hablar sobre sí misma. Cada uno vulva a exponer sus expectativas en relación con el otro, sus dificultades, sus decepciones....Algunos afirman que nunca habían hablado tanto de ellos como durante la crisis; la revelación habrá permitido desbloquear la comunicación y volver a empezar a partir de bases más sanas, con más discernimiento.

La pareja no es la misma después de la crisis, en cada salida e una crisis, la pareja tendrá que deshacerse de los hábitos antiguos, para ponerse los nuevos.No siempre se logra solventar una crisis en la pareja. A veces, llega la ruptura.Una relación externa a la pareja permite comprender que se quiere realmente al cónyuge y saber mejor por qué.

Un amante puede hacernos ver cosas que ignorábamos sobre los hombres y las mujeres, en beneficio de nuestra relación con nuestro cónyuge.

Una crisis derivada de una infidelidad puede servir para iniciar un diálogo entre los miembros de la pareja y reflexionar sobre lo que no funciona.

Contemporáneamente, en todas las sociedades, existe siempre, también, un cierto grado de infidelidad tanto en hombre como en mujeres. Una infidelidad conyugal que, no obstante, con la misma regularidad, es oficialmente prohibida si bien se practica a escondidas. Todo el mundo sabe que existe y es objeto continuado de confidencias y de habladurías. Pero no debe ser demasiado pública. También en la pareja, aparte de acuerdos específicos o de formas de matrimonio abierto, la infidelidad se tolera sólo cuanto nadie habla de ella (Alberoni, 2005).

La universalidad de estos comportamientos nos dice que en el ser humano se distinguen dos tendencias, dos deseos de base antagónicos. El primero es el deseo de una persona concreta, única, inconfundible, con la que establecemos un vínculo amoroso duradero, exclusivo y del que, por ello, nos sentimos celosos. El otro es un impulso de explorar que nos empuja a todos, hombres y mujeres, a buscar encuentros, relaciones y contactos eróticos con personas nuevas y variadas. El primer impulso, amoroso, ha sido el que, a lo largo de la

evolución humana, a dado lugar al matrimonio, al cuidado de los hijos y de la familia. Pero, con la misma tenacidad, estas instituciones siempre han padecido la insidia del otro impulso, el de la exploración.

Estos dos impulsos sólo durante el enamoramiento esa persona deviene uno y múltiple a la vez. Es ella misma y cualquier otra. En la persona amada se concentran todos los recuerdos, todas las impresiones aunque fugaces de lo que hemos querido, de lo que hemos esperado, de lo que hemos deseado en el pasado. Nuestro amado es la síntesis de todos los encuentros de amores platónicos de todos los amores, de todos los amantes, de todos los hombres, de todas las mujeres y las que hemos admirado, soñado y deseado. Por esta razón, ya no tenemos que buscar ni explorar, por que la exploración la hacemos en esta persona, que poco a poco nos da a conocer nuevos rostros de sí misma o que encarna siempre a otras personas. Sólo el enamoramiento es una continua búsqueda, un continuo descubrimiento y un continuo hallar.

Fuera del enamoramiento los dos principios tienden a separarse. El resultado es que, en el transcurso de la vida, el impulso que nos une a una persona y aquel que nos lleva a buscar lo diverso nunca desaparecen y, si en un momento dado prevalece el primero, es un segundo tiempo puede prevalecer el otro, e incluso hay casos en que se presentan a la vez. Los datos antropológicos nos dicen, en realidad, que en casi todas las sociedades humanas la relación conyugal es muy estable durante los primeros cuatro años, después tiende a debilitarse y puede terminar en divorcio. O también puede darse en la relación dure pero que se avive el impulso a la exploración.

CONCLUSIONES

En base a la teoría psicogenética aborda el tema de la infidelidad en el supuesto de que todo individuo en la formación y transformación a lo largo del desarrollo biológico del individuo y tomando en cuenta los factores sociales y psicológicos en los que se encuentra inmerso requiere de otros proporcionen factores de socialización e individualización que posibilitan su desarrollo integro.

Es el tercero o el amante parte de los “otros” que forman parte del ambiente social del individuo

Las historias individuales hacen resaltar las influencias culturales y psicológicas que determinan el modo en que amamos y deseamos. (Perel, 2006); es decir, para alguno la infidelidad forma parte de una cotidianeidad, para otros más un conflicto que no se resuelve y algunos pocos una posibilidad de crecimiento. Ello esta determinado al ambiente social de su contexto histórico-cultural, por que las instituciones como le estado, la familia y la religión que son las que se abordan van modificando su “deber ser” a lo largo de la historia social.

La familiar, la comunidad y la iglesia tal vez hayan limitado nuestra libertad, tanto sexual, afectiva, moral y como de otro tipo, pero a cambio nos han ofrecido una sensación de pertenencia muy necesaria. Durante generaciones estas instituciones tradicionales nos aportaron orden, significado, continuidad y apoyo social.

En la institución familiar y en la pareja; intromisión de un tercero o infidelidad es uno de los tantos síntomas de las crisis que enfrenta el individuo y que se proyecta en la pareja y que no se debe ni puede explicársele desde un punto de vista causalista.

Ya que como tal no las hay y aunque muchos autores han intentado hallarlas a través de múltiples estudios, en realidad no es tan simple como una dicotomía, en la relación de pareja emergen diversas situaciones a lo largo de la convivencia que dan paso a crisis personales y de relación con el otro que pueden posibilitar la infidelidad.

Desde el punto de vista patológico esta conducta lo será toda vez que sean conductas repetitivas y estereotipadas que impidan el desarrollo de la pareja o de cada individuo en su propio desarrollo y en su relación , como lo sería incursión sin reestructuración.

Es incierto hablar de la pareja o de la familia como el estado ideal, ya que existen personas que necesitan estar solas o que así pueden funcionar mejor; es decir la institución matrimonio es una construcción social, un deber ser más que el ser.

Así, para que el sujeto conforme su identidad recibe mensajes de los “otros” con las que interactúa; en este proceso es como desarrolla una estructura de características, habilidades y rasgos personales exclusivamente propios, se individualiza.

En ello requiere de la continua reafirmación del ser mismo, del yo; identidad. La falta de ella genera a la sensación de vacío que provoca la intensa necesidad de reconocimiento.

El desarrollo individual progresa por etapas de desarrollo, en su transcurso se van elaborando nuevas estructuras cognoscitivas haciendo usanza de las estructuras del estadio anterior; el paso de un estadio a otro se realiza en virtud de un desequilibrio transitorio que es el resultado de las contradicciones internas y de las externas y que conduce a una reorganización total de la estructura en conjunto, el conflicto; que es por un lado factor de ruptura y de equilibrio, constituye el modo de transición a la siguiente etapa. En complemento se entra en la crisis, que se genera al movilizar la estructura a otro estadio. La crisis da lugar a la superación de un momento psíquico para dar paso a otro. Sin conflicto no hay crisis y sin movilidad en la crisis no hay desarrollo.

Y así, el sujeto elige consciente o inconscientemente a los “otros” y “para su construcción con los cuales se establecen movimientos dinámicos que llevarán a ambos hacia la

elaboración y desarrollo de un proyecto en común que pueda ser el afectivo y que favorezca el perfeccionamiento individual y entonces sería la pareja una más de nos haga conocer, reconocer y conflictuar nuestra condición, reestructurando así nuestros esquemas en una movilidad continua. Pero cuando el “otro yo” deja de proporcionar esquemas que permitan el trabajo de desarrollo, indiscutiblemente surgirán “otros yo” que lo proporcionen. Y es cuando el individuo se reorienta conciente o inconcientemente conforme a su proyecto individual y es ahora cuando esta nueva estructura “el tercero, el amante” le proporciona los elementos que requiere para su desarrollo.

El enamoramiento es entonces el proceso en el cual se pone en ejercicio y en experimentación todos los elementos de la estructura de la persona, en la búsqueda de identidad, de la reafirmación del ser yo y al mismo tiempo del otro posibilitando así desarrollo, evolución.

Es estado naciente de un movimiento colectivo de dos, como tal genera fuerzas que liberan y actúan con determinación. Esta formado por la pareja amante-amado. Es una experiencia extraordinaria. El otro es insustituible, único e inconfundible. Separa lo que estaba unido y une lo que estaba dividido, uniéndolo de una forma particular. La nueva estructura desafía a la antigua radicalmente, la degrada a algo que carece de valor, la desvaloriza.

Tomando en cuenta que esta reorganización de valores no se produce en un instante es un proceso en donde se cuestiona lo ordinario y exploramos lo extraordinario, por ello al comienzo no se puede distinguir si es un enamoramiento de verdad, pero si vuelve lo extraordinario y se impone se ha presentado un objeto de pleno deseo, un reflejo.

En este proceso de desvalorización se contraponen a los intereses de las instituciones por que es un movimiento colectivo de dos portador de proyectos y criador de nuevas instituciones reafirmando que separa algo que estaba unido y une algo que estaba dividido.

Por ello es un conflicto de valor institucional “moral- deber ser”; no importando si lo que se separa es una familia, un parentesco, un matrimonio. No es cuestión de valor institucional sino de movilidad de desarrollo. Solo que al hablar de instituciones sobre todo del matrimonio conlleva una carga moral de “esta mal”. No te debes enamorar de “otro” si estas dentro de una institución matrimonial. Hay se confronta los valores. es “malo” enamorarse solo si se esta casado. La confrontación a la carga moral que de desprende de la misma institución es lo que conlleva al conflicto. Este dilema de confrontación se enmarca como el rechazo a elegir o no la anterior institución que se encuentra desgastada. Lo cual seria negarse al desarrollo que posibilita el movimiento.

Es importante enfatizar que el enamoramiento no es sólo erotismo o placer, sino una experiencia –experimentación- única e inconfundible un trastorno de la sensibilidad propio y extero, de la cognición y del razonamiento. Es unión sin sincretismo, reconocimiento, identidad y pasión, una maduración de ambos.

Recordemos que el objetivo final de toda institución es la de reproducir los intereses de un sistema, y que puedan anular la posibilidad de individualización y funcionan para crear sujetos “iguales” estandarizados, que se encausen un deber ser y así la institución atenta contra la construcción de la individualidad, eligiendo instalarse en ella por deficiencia o por conveniencia, para que se adhieran y se fisionen a las características de la cultura e ideología dominante para que esta subsista, garantizando así la estabilidad y la continuidad del orden establecido e impuesto.

Es amante es quien viene a proporcionar esta posibilidad de reflejo que de identidad que al mismo tiempo representa la elección ante lo que ya se desgasto, lo que ya es inamovible, la institución lo contrario del “deber ser” y por ello es prohibido.

El individuo necesita seguridad, permanencia, estabilidad y continuidad ello lleva a la elección de la institución, pero por el otro se encuentra el movimiento que trastoca y cuestiona la institución, es innovación y cambio. Y aquí esta el conflicto pero no necesariamente la crisis. Es una ambivalencia entre seguridad y exploración constante.

En la actualidad, no se está obligado a casarse con quien corresponde, se puede delinear el propio ideal de lo que se quiere y se quiere más. La lista de los deseos sigue incluyendo todo lo que debe proporcionar una familia tradicional (seguridad, hijos, propiedades, respetabilidad), pero ahora, además, queremos amor, deseo e interés permanente en nosotros.

El matrimonio moderno quiere prometer la existencia de una persona con quien todo esto sería posible y que simplemente se tiene que encontrar. Se aferra con tanta tenacidad a la idea de que el matrimonio dará todo, que los desencantados con él se inclinan por el divorcio o las aventuras amorosas, pero no porque cuestionen la institución sino porque piensan que no podrán alcanzar el ideal que se construyeron con la pareja.

¿Qué puede causar más ansiedad que la libertad de nuestra pareja, la cual puede ser la libertad de no amarnos, o de dejar de amarnos, o de amar a otra persona, o de convertirse en una persona diferente a esa que una vez se comprometió a amarnos por siempre y que ahora... tal vez ya no lo haga?. Si puede pensar en otros, podría amar a otros, y esto es intolerable.

El matrimonio se ha convertido en una cuestión de amor; el amor es una cuestión de elección, y elegir siempre implica renunciar a otras opciones.

Reconocer la existencia del tercero se relaciona con dar validez a la individualidad erótica de nuestra pareja, de lo cual se desprende que la sexualidad de nuestra pareja no nos pertenece. No es únicamente para nosotros y en relación con nosotros, y no debemos suponer que cae por derecho propio dentro de nuestra jurisdicción, ya que no es así, Tal vez esto sea así en los actos, pero seguramente no lo es en el pensamiento. Cuando más estrangulamos la libertad del otro, más difícil es que el deseo respire en una relación de pareja comprometida.

Para que el enamoramiento llegue a ser un amor exclusivo y fiel necesita que ambas personas así lo quieran. El amor, en relación con el estado naciente del enamoramiento, es institución, es decir, algo querido y deseado. La tendencia espontánea a la exclusividad y a la fidelidad del enamoramiento se transforma en fidelidad efectiva sólo si así se quiere, se exige y se incluye en el pacto como punto de no retorno.

El empeño de fidelidad, como todos los otros empeños de pareja, debe renovarse con el paso del tiempo. La institución es el producto de la reconfirmación del pacto. Si éste se realiza, si el pacto se respeta mucho tiempo, produce un profundo cambio de la relación erótica. Poco a poco los dos renuncian a las fantasías de engaños, no se exponen a las tentaciones y aprenden a buscar la belleza y el placer sólo en el cuerpo del otro.

Hay quien sostiene que esto es imposible. No, no es verdad. Es posible, pero con la condición de que primero se sienta y después se quiera incorporarlo explícitamente en el pacto, en el empeño. Sólo ahora ponemos límites a nuestro deseo y límites, puesto que son fruto de amor apasionado, del miedo a perder a la persona amada, nos parecen naturales. Hay personas en las que resulta más fácil, más instintivo, pero en otras requiere un poco más de tiempo.

Los movimientos en el enamoramiento tiene el poder de generar una pareja duradera cuyos miembros viven juntos, tienen hijos, los crían y los educan afrontando unidos las dificultades del mundo. A estas formaciones estables, que resisten al tiempo y a las adversidades, nosotros la llamamos instituciones. Institución significa querido, instituido, fundado con la intención de durar y, así, hacer realidad los objetivos los sueños y proyectos.

El conflicto entre sexo y amor se manifiesta en la oposición entre el deseo de retener de un modo exclusivo y el de cambiar, explorar, esto es, entre monogamia y poligamia, entre exclusividad y promiscuidad, entre fidelidad y engaño.

Contemplemos la monogamia no como algo ya dado, sino como una elección.

BIBLIOGRAFÍA

- Alberoni, F. (1998). **Enamoramiento y amor**. México, Gedisa.
- Alberoni, F. (1997). **Te amo**. México, Gedisa.
- Alberoni, F. (2006). **Sexo y amor**. México, Gedisa.
- Blachère, P., Rouchon, S. (2006). **Pequeñas infidelidades en la pareja. ¿Tolerancia o ruptura?**. Barcelona. Editorial De Vecchi. S. A.
- Clanet, C., Laterrase, C. & Vergnaud, g. (1973). **Dossier Wallon- Piaget**. Barcelona, Gedisa.
- Cohen de Govia (1975). Enajenación y detentación de los medios de vida. **La Psicología en la salud pública**. Extemporáneos.
- Doring, M.(1995). **La pareja o hasta que la muerte nos separe. ¿Un sueño imposible?**. México, Fontamara.
- Dowling, C. (1989). **Mujeres perfectas. El miedo a la propia incapacidad y cómo superarlo**. México. Grijalbo.
- Eisenberg, G (1993) **Actitud hacia la infidelidad a lo largo del ciclo de la pareja**. Tesina de Doctorado en Psicología. Universidad Iberoamericana, México.
- Foucault, M. (1989). Los medios de buen encauzamiento. En: **Vigilar y castigar**. Siglo XXI
- Gondonneau, J.(1974). **La fidelidad la infidelidad**. Barcelona, Kairós.
- Heller, A. (1977). **Sociología de la vida cotidiana**. Península.
- Heller, A. (1979). **Teoría de los sentimientos**. Fontamara
- Perel, E. (2007). **Inteligencia erótica**. México. Diana.

Kholi, M., Meyer, J (1986) "Social structure and social construction of life stages". In: **Human development**, 29. p.p.

Krassoievitch, M.(1993). **Psicoterapia**. México. Fondo de Cultura Económica

Mc Farland, B. (1990). **Shame and body image**. Deerfiel Beach Florida, Dyeis L. Baker-Baumann, M. S.

Norwood. R. (1985). **Las mujeres que aman demasiado**. México, Vergara Editores

Rodríguez, S. (1993). **Infidelidad y matrimonio: aspectos teóricos**. Tesina de licenciatura en Psicología. Universidad Iberoamericana, México.

Rollo, M. (2000). **El dilema del hombre**. México, Gedisa.

Wallon, H. (1991). **La vida mental**. México. Consejo Nacional para la Cultura y las artes.

Wallon, H. (1982). **Los orígenes del carácter en el niño**. Anagrama.

Zumaya, M., (2007). **La infidelidad. Ese visitante frecuente**. México. Edamex.

Cárdenas, L. (2002). Ciclo de videoconferencias: **Psicología y criminología**. FES Iztacala